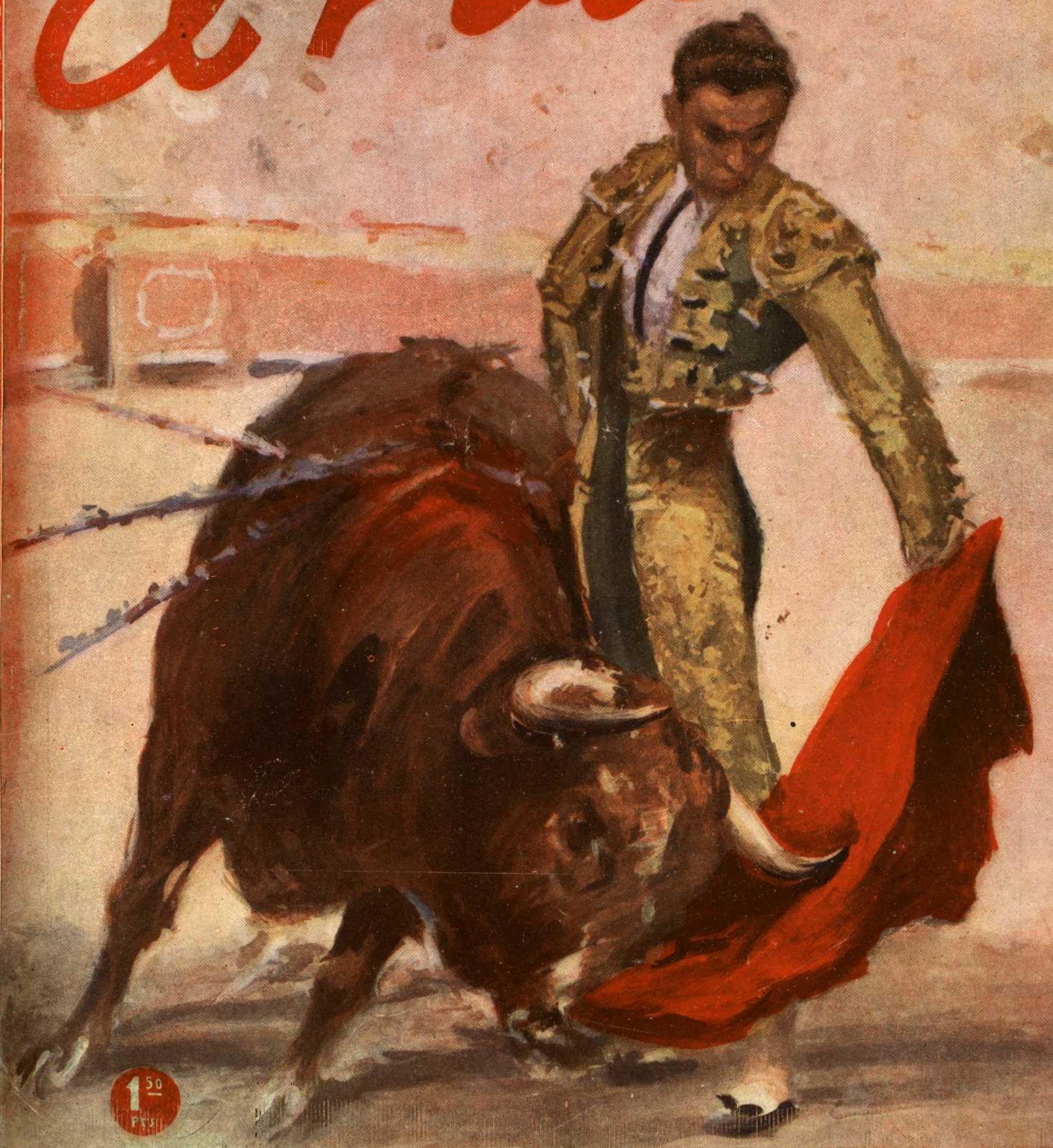


MARCA
DE
SEMANTAL
SEMANAL
JORNAL
SEMANTAL

El Ruedo



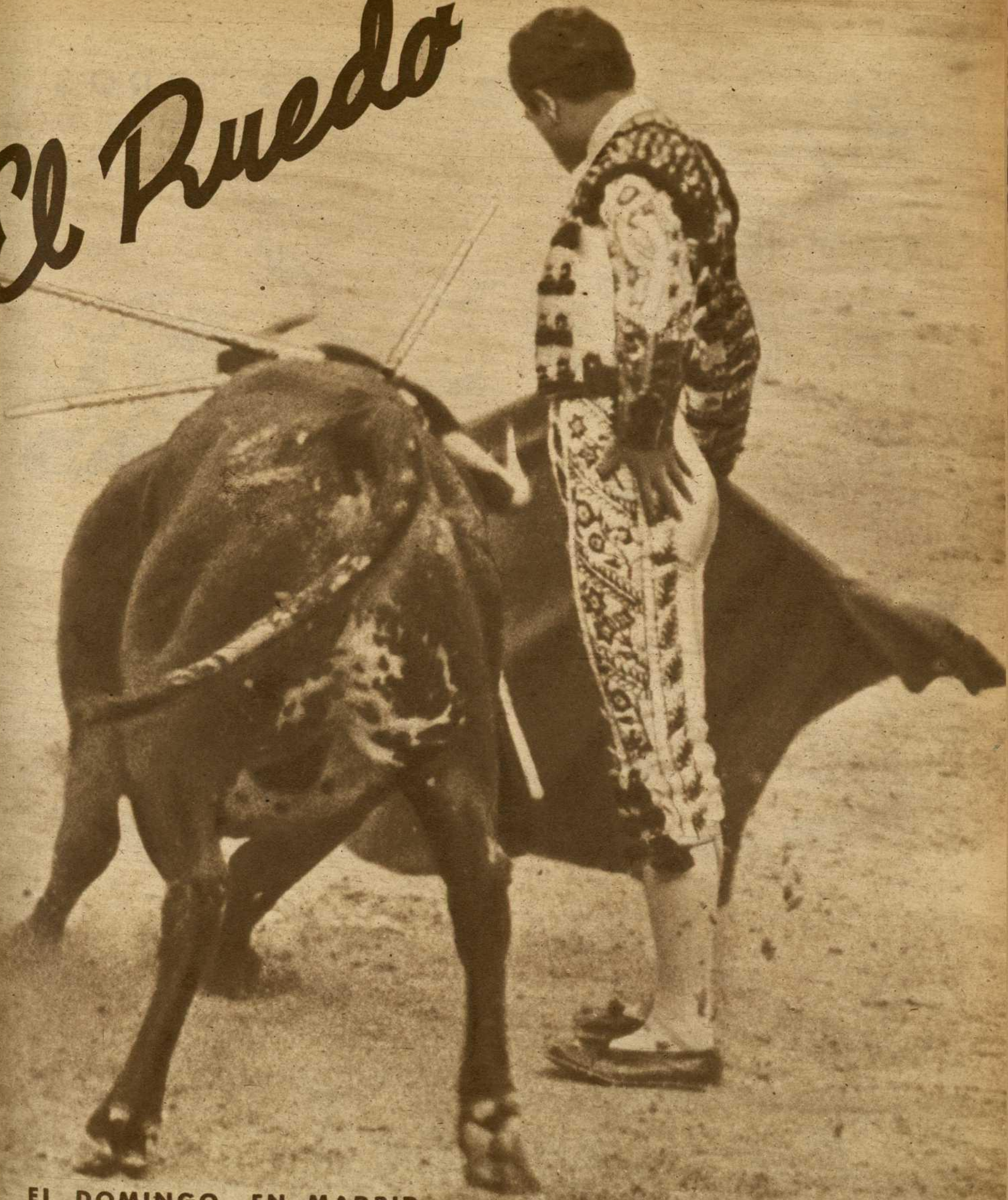
1 50
PVS

VAAVEDRA



¡Fuera ese caballo!
(Dibujo de Perea.)

El Ruedo



EL DOMINGO, EN MADRID

**Rafael Albaicín en un gran pase en redondo
durante la faena de su primer toro**

(Foto Baldomero)

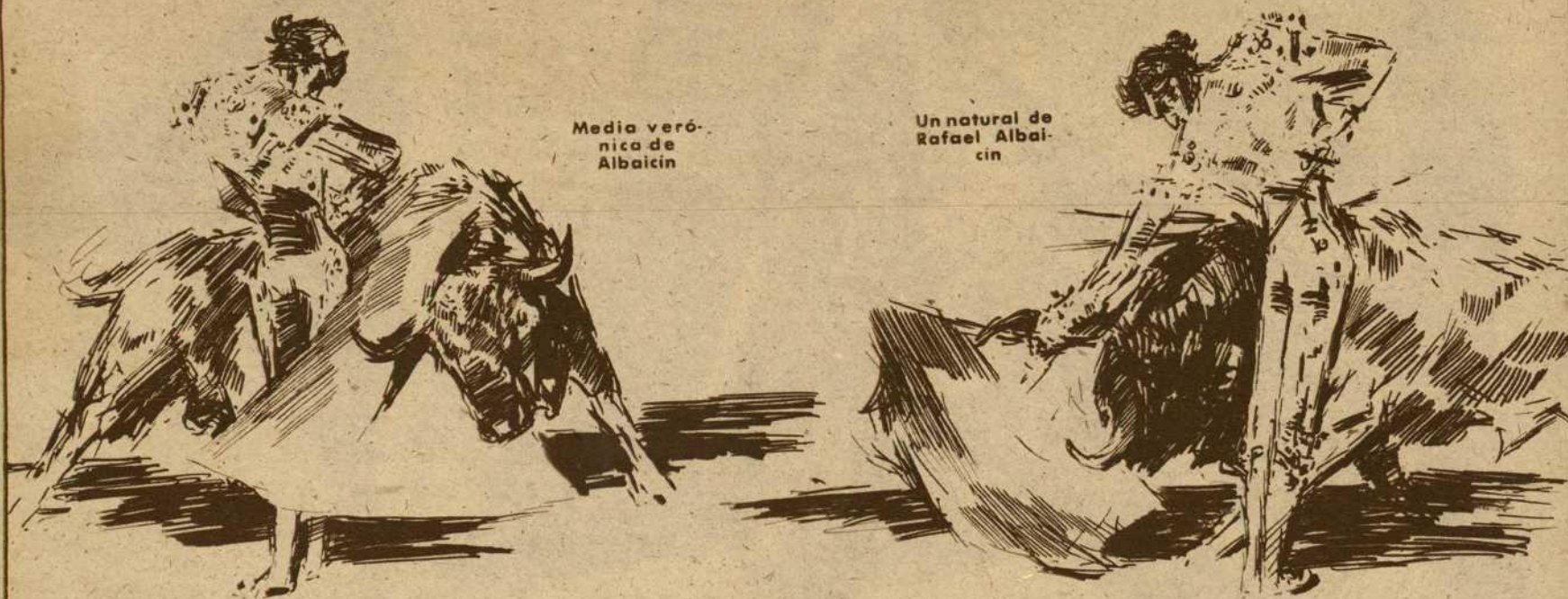
EL LAPIZ EN LOS TOROS

Por Antonio CASERO



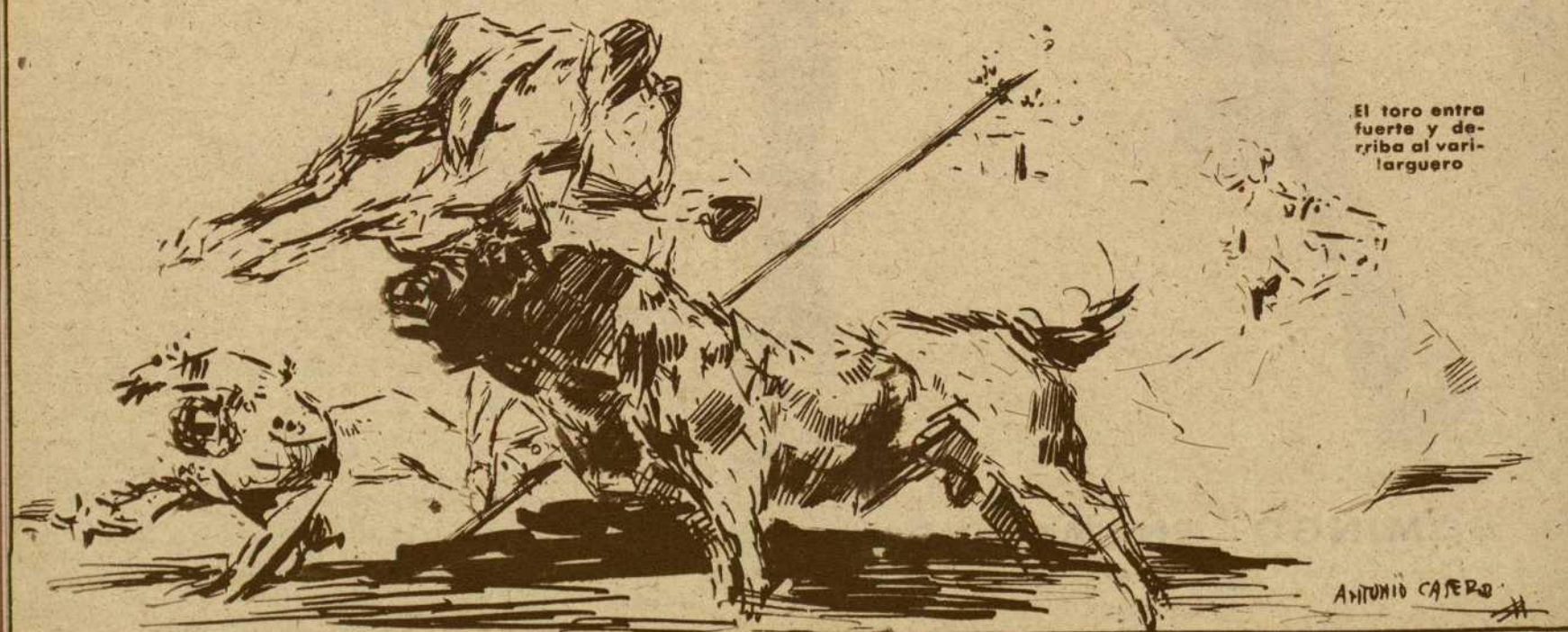
El sexto toro,
rematando
en tablas

Un gran par
de Magritas



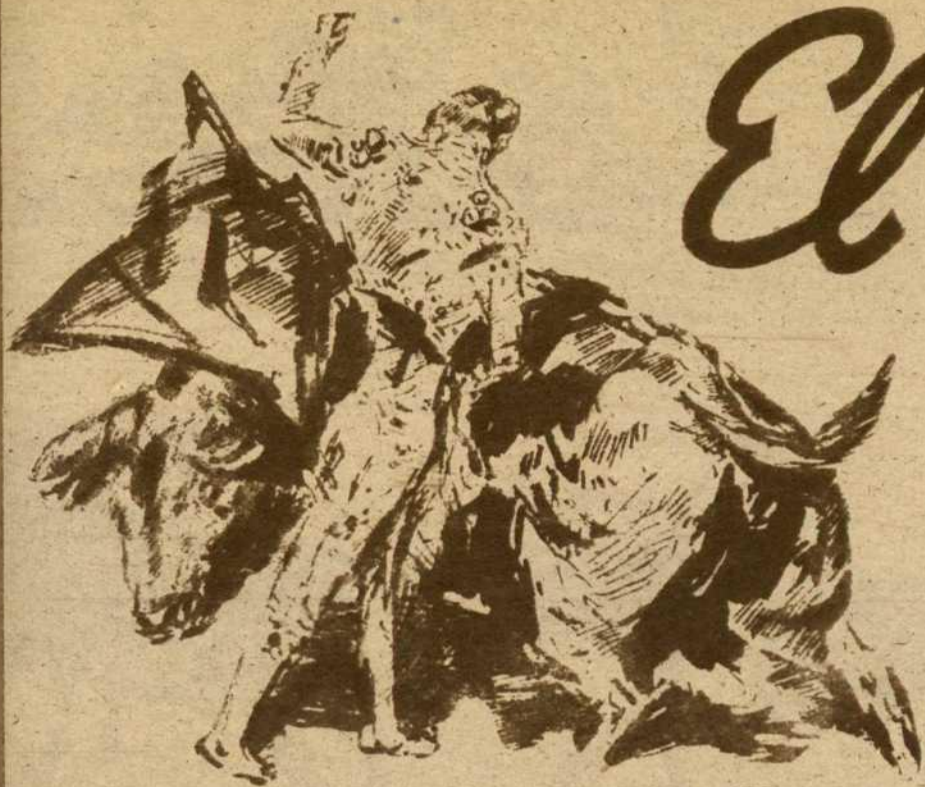
Media verónica de
Albaicín

Un natural de
Rafael Albaicín



El toro entra
fuerte y derriba al varilarguero

ANTONIO CASERO



El Ruedo

Suplemento taurino de MARCA

Año I -- Madrid, 13 de septiembre de 1944 -- Núm. 14

PREGON DE TOROS

Por JUAN LEON



Ya han visto ustedes, mis queridos amigos, que la «famosa» corrida de Aranjuez fué un fracaso. El cartel prometedor con Ortega, Manolete y el torero mejicano Fermín Rivera, con toros de Albaserrada, no resultó, porque los toros no eran tales toros; se caían, se levantaban a trancas y barrancas y al fin no tenían ni media embestida. Media embestida que, como resultaron bravos, pareció embestida. Pero eso no es.

No vale. Si yo fuese el diestro cuyo nombre usurpo, no caería en la estupidez de cortar una oreja a un desdichado inválido sin malicia y con cuernos como de goma, ya que los cuellos se resienten y no hay dureza, ni nervio, ni casta,

ni sangre, ni nada que ponga en juego los factores fundamentales de la fiesta: emoción, riesgo, inteligencia, arte...

Así resulta que cualquier audaz, azteca o español, puede ser paseado en hombros, con unos peludos y sanguinolentos trofeos en la mano, sin haber arriesgado algo más de lo que cada día arriesga un madrileño cualquiera, sin darse importancia, sin vestirse de luces y pagando encima un real de vellón, por coger un tranvía que le lleve a su oficina o taller y le reintegre a su casa.

La cosa, la quisicosa, está llegando, ha llegado a lo intolerable. El mal hay que cortarlo de raíz, y, desde luego, dejando a un lado las ambiciones de los diestros, que se disolverían como la sal en el agua, a los primeros que tenemos que rogar, pedir o exigir, es a los ganaderos y a los señores del margen. Es necesario, absolutamente necesario, que salgan toros con casta, años y peso, porque resulta ya mucho cuento eso de la restricción de piensos.

La verdad es que las restricciones — autorrestricciones — son de vergüenza.

Todos los señores ganaderos saben de sobra lo que tienen que hacer para que sus toros no se caigan al primer capotazo, y hay que exigirles que pongan en juego su conocimiento.

Ya está bien, como denunciaba certeramente en estas mismas páginas de EL RUEDO el admirado poeta y conspicuo aficionado a la fiesta José Carlos de Luna, que cobren los fabulosos precios que cobran; pero no hay derecho, es intolerable, que la mercancía no responda a los fines para que fué creada. Esas multas justísimas que las autoridades imponen con tan lamentable frecuencia han de ir acompañadas de la pública repulsa.

La cosa es bien fácil, mucho más fácil de lo que parece, con sólo una actitud que el público podría tomar. Esa actitud, cómoda y barata, es sencillamente la de meterse las manos en los bolsillos. Los gritos aturden, pero el silencio aterra. Ni Manoletes ni Ortegás, ni Arruzas ni Soldados resistirían la vergüenza que representaría para ellos hacer una «faena cumbre» con un toro sin años, sin fuerza y sin peso, ante un público impasible, silencioso, escéptico...

Tenemos en la mano la clave del problema nosotros, precisamente nosotros — el público madrileño —, pese al descrédito que supone haber concedido tantas orejas innmerecidas. Un cambio de actitud, sin gazmoñerías, sin sentimentalismos, sin arrebatos pasionales, podría decidir un cambio fundamental en el rumbo de la fiesta.

No es necesario ese tan difícil de no ir a la Plaza o de marcharse sin agotar todas las posibilidades de diversión a que da derecho el bien pagado boleto. Bastaría tan sólo — y el otoño nos da para ello facilidades — con meterse las manos en los bolsillos y dejar que las «faenazas» — esas «faenazas» que se realizan con chotos o inválidos — transcurrieran en silencio. Ninguna importancia tendría que nuestro paciente colega de la Prensa anotase minuciosamente: 18 naturales, 4 afarolados, 6 manoletinas y una estocada hasta las cintas, si en el paréntesis final tuviese que anotar, fiel a la crónica: Silencio.

En las «corridazas» que estos días se están celebrando en las rumbosas ferias de Albacete y Salamanca, no dejen ustedes de fijarse, cuando lean las reseñas — ya que eso de las manos en los bolsillos no rige aún —, en el peso de los toros, en las varas que tomaron y en otras características que ustedes saben mejor que yo.

Así podrán estimar la diferencia entre lo contado y lo cantado.



Juanito Belmonte pasa a la enfermería dando claras muestras de dolor después del palotazo sufrido en el pie. Detrás del diestro, el mozo de estoches, Amalio Cabezas. (Fotos López.)

La corrida del domingo en MADRID



Ocho de Concha y Sierra para CASADO, CAÑITAS, ARTURO ALVAREZ, RAFAEL ALBAICIN

Los dos mejicanos confirmaron la alternativa

RESEÑA

OCHO toros de Concha y Sierra para Paquito Casado, Carlos Vera (Cañitas), Arturo Alvarez y Rafael Albaicín. Cañitas y Alvarez, mejicanos, confirman su alternativa. Preside el señor Caruncho. Lleno. Buen tiempo.

Primero.—Cañitas lancea valiente. Tres varas, que el toro toma con codicia. Cuatro pares de Cañitas que se aplauden. Casado cede muleta y estoque a Cañitas. Brinda éste al público y muletea por naturales, de pecho y en redondo. Mata de una entera. (Ovación y saludos. Aplausos al toro, que ha sido bueno.)

Segundo.—Cuatro varas. Alvarez y Albaicín hacen cuatro quites enormes. Los dos tienen que saludar montera en mano. Alvarez pone un par regular, y cierra un peón con medio. Albaicín cede los trastos a Alvarez. Este muletea tranquilo y dominador por alto, bajo, en redondo, naturales y molinetes. Mata de media superior. (Ovación y salida al tercio. Se aplaude al toro, que ha sido bueno.)

Tercero.—Tres varas. Tres pares, dos de ellos de Magritas, que es ovacionado. El toro tiene poco poder y echa la cabeza al suelo. Casado muletea tranquilo y mata de dos pinchazos.

Cuarto.—Albaicín lancea bien. Tres varas. Dos pares. Albaicín muletea muy suelto y con sabor por alto, en redondo, orteguinas y de costadilló. Mata de un pinchazo y media. (Ovación y vuelta al ruedo. El toro ha ido a menos en cada tercio.)

Quinto.—Sosote y tardo. Tres varas. Dos pares y medio de banderillas. Casado muletea por alto y por bajo. Algunos rodillazos y adornos. Mata de un pinchazo y media. (Palmas.)

Sexto.—Dos varas. Tres pares y medio, que se aplauden, de Cañitas. El mejicano empieza con cuatro muletazos sentado en el estribo, que son aplaudidos. Sigue valiente por naturales, de pecho, en redondo, afarolados, alto y bajo. Mata de media estocada. (Ovación y saludos. El toro ha sido muy bueno.)

Séptimo.—Manso. Es protestado. Cuatro varas. Tres pares. Alvarez muletea buscando la igualada. Mata de un pinchazo, media y un intento.

Octavo.—Tres varas. El toro se congestiona y sus arrancadas son inciertas. Tres pares. Albaicín muletea valiente por naturales, en redondo, orteguinas, alto y bajo. Mata de cuatro pinchazos y tres intentos de descabello. El toro llegó al último tercio difícil y derrotando por alto.

Se despiden con muchos aplausos a Rafael Albaicín.

Peso de los toros en bruto: 415, 437, 410, 438, 425, 473, 447 y 400 kilos, respectivamente.



Albaicín en un muletazo por alto a su difícil segundo toro



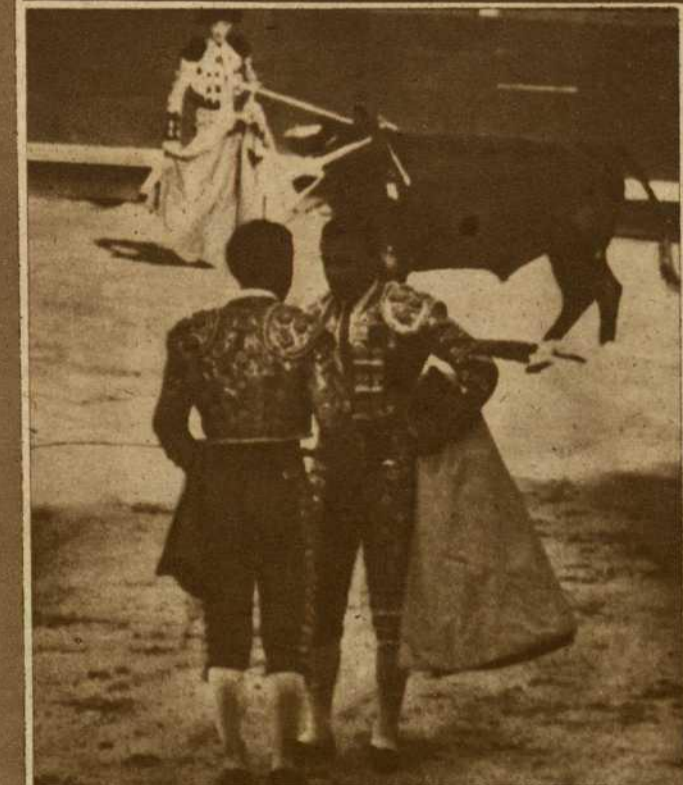
Albaicín en un pase con la derecha, muy to al cuarto



Un pase en redondo de Casado a su segundo toro



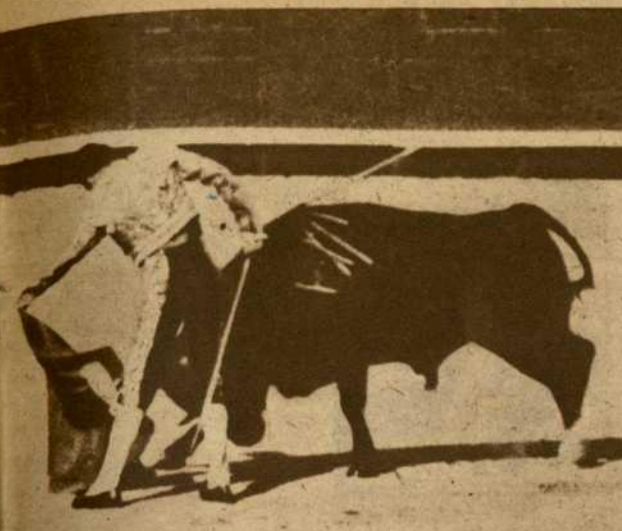
Casado adornándose durante la faena de m al quinto



De manos de Casado confirma su alternativa el mejicano Cañitas



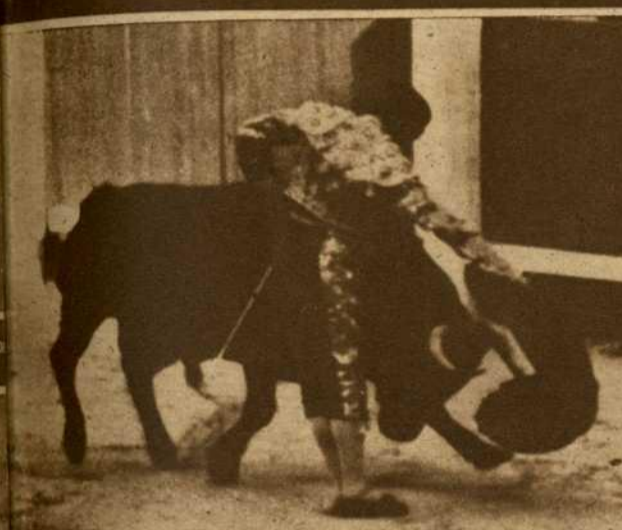
Arturo Alvarez recibe de Albaicín muleta toque



Un natural de Cañitas al bravo primer toro



Carlos Vera banderilleó en sus dos toros con facilidad



Arturo Alvarez muleteando con la derecha al segundo



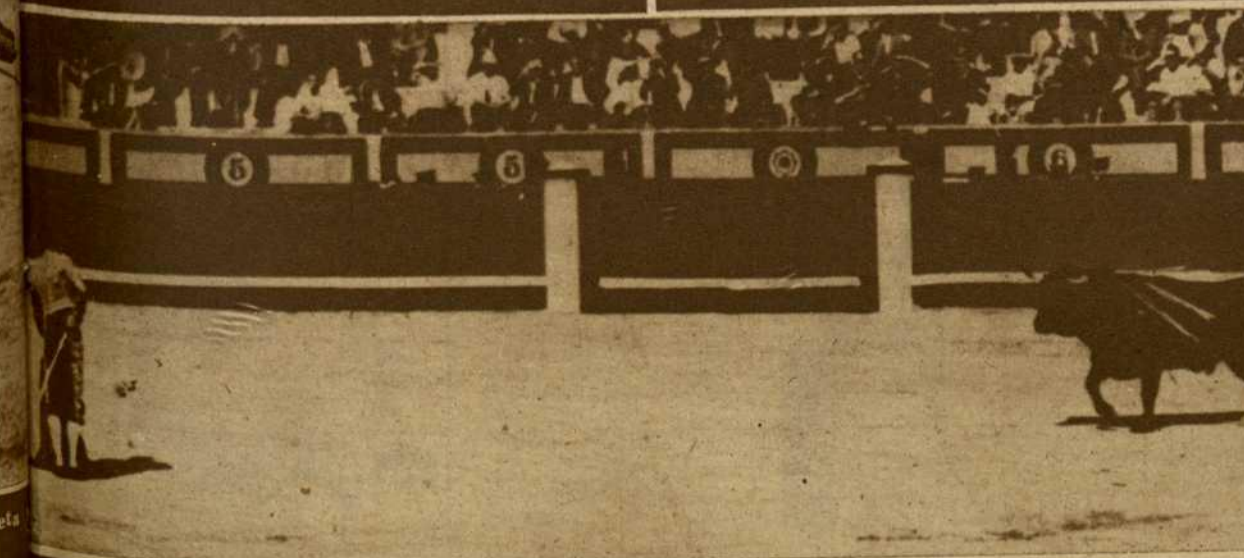
Un rodillazo del mejicano Alvarez en su primero



Rafael Albaicín en un extraordinario lance en el segundo



Arturo Alvarez en un gran par de banderillas al toro de su presentación en Madrid



Cañitas cita, desde muy lejos, al natural a su primer toro

JUICIO CRITICO

La corrida fué para Rafael Albaicín



Carlos Vera, Cañitas Arturo Alvarez

ANDABA El Cachetero flacucho, descolorido y triste, hubo necesidad, en vista de que empeoraba a pasos agigantados, de convocar a unos especialistas para que, después de minucioso examen, dictaminaran qué mot era el que tan vertiginosamente minaba la salud del hasta entonces robusto crítico. Era extraño que un hombre joven, fuerte y de templado ánimo hubiera caído en tan lamentable estado de decaimiento y estuviera a punto de no poder valerse por sí mismo. Y se celebró la consulta. Uno de los médicos, más según que sus camaradas, averiguó la causa que había llevado a tan triste situación a mi querido amigo: El Cachetero había presenciado todas las corridas celebradas en el ruedo de Madrid y no podía resistir más. En particular, las del mes de agosto fueron como para vencer la fortaleza del aficionado más entusiasta.

El Cachetero, diagnosticada a punto su grave dolencia, se encuentra ahora haciendo una cura de reposo. Hemos perdido por unos días al crítico; pero es posible que volvamos al amigo. No perdamos la esperanza y culpe de lo ocurrido a quien sea responsable.

La corrida fué para Rafael Albaicín. Ni los toros de Concha y Sierra—con poca casta y escos—ni los otros tres matadores que con el gitano componían el cartel, dieron la nota brillante. Paquito Casado, que actuó en lugar de Gitamillo de Triana, ha toreado poco esta temporada y estuvo el mozo en el ruedo como por compromiso, procurando rematar discretamente el tramo en que se veía y a la espera de una oportunidad que no se le presentó. Así y todo fué muy aplaudido en el quinto y hubo de salir desde el tercio.

Carlos Vera, Cañitas, es un torero valiente, un fácil banderillero y certero estoqueador. Se para a veces con el capote y se ciñe muy decidido con la muleta. No es de los que se asustan con facilidad, y sus rasgos de valor son de los que emocionan al público. Su fuerte, a nuestro parecer, es la muleta, y no porque con ella logre pases de irreprochable factura, sino porque en cada muleteado pone una gran cantidad de valor y un empeño decidido de pisarse el toro.

Arturo Alvarez hizo un tercio de quites en el segundo, alternando con Albaicín, que nos hizo creer que nos hallábamos ante una gran figura del toreo. Fué lo único lucido que le vimos con el capote, pues el toro séptimo, que le correspondió en segundo lugar, fué muy manso y no se dejó hacer. Como muletero nos demostró que es un lidiador enterado y seguro; en el segundo tercio no hizo nada notable y con la espada dió una de col y otra de arena. Mató muy bien al segundo y no más que regularmente al séptimo.

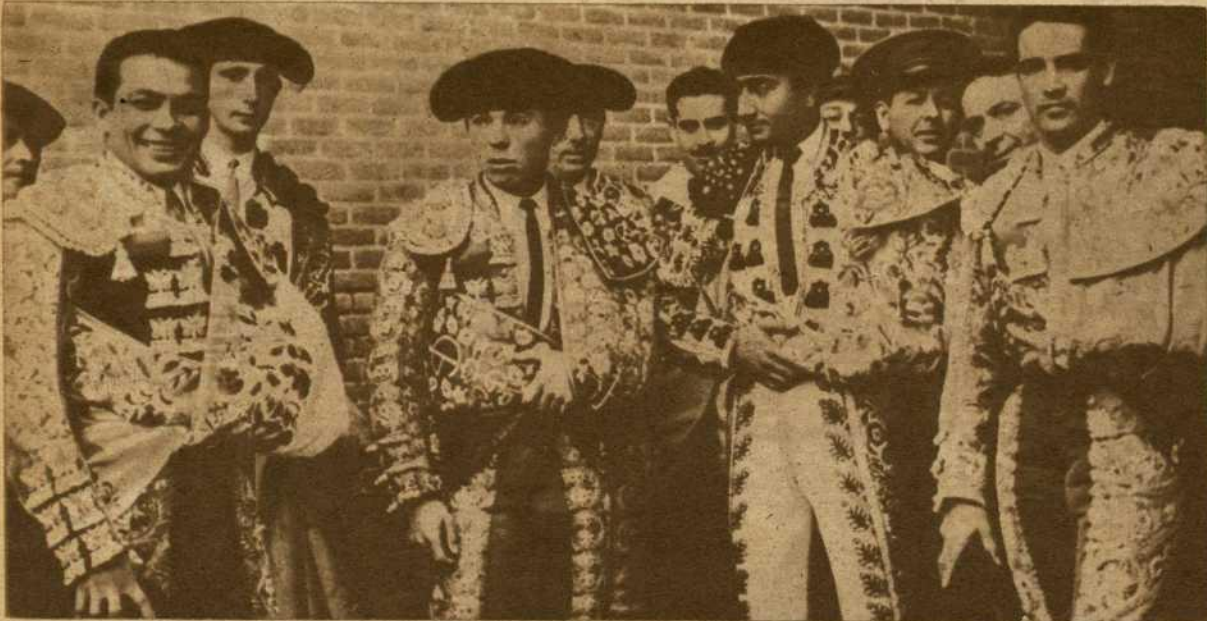
Digamos ahora algo de Rafael Albaicín. No echaremos las campanas a vuelo, que la cosa no fué para tal homenaje; pero habrá que echarlas el día—cuálquier día—que le saiga al gitano madrileño un toro con embestida franca. Porque como torero Albaicín no tora a nadie; mejor, si ustedes quieren—que esto no va a ser ahora tema de discusión—; pero no como él. La nota personal es la base del toreo de Albaicín. Original en todo momento, que no es floja cosa. Hizo dos quites en el segundo toro tan templados, tan suaves, tan toreros, en fin, que sólo por verseles repetir se podía presenciar otra corrida de ocho toros que no es pequeño sacrificio. Demos de lado lo que Albaicín hizo en el octavo, porque este toro—que no era manso como creyeron algunos espectadores—se congestionó de salida y llegó difícil al último tercio, y Albaicín hizo lo único que se podía: estar valiente. En cambio, la faena al cuarto fué buena, faena con sabor y color; faena que de haber sido Rafael un desconocido le hubiera colocado en un destacado lugar. Con el pincho... Vamos a decir que estuvo discreto. La tarde, como decimos, fué más que buena para Albaicín.

BARICO



Paco Casado Rafael Albaicín

ANTES DE LA CORRIDA



Paquito Casado, Rafael Albaicín, Cañitas y Arturo Álvarez, estos últimos mejicanos, que confirmaron la alternativa, momentos antes de salir al ruedo

Banderillas de fuego

Por ALFREDO MARQUERIE



ANTES de empezar, los espectadores tratan de distraer el aviso con el "Orden de la lidia" y sus ocho apartados: alternativa, cesión de trastos, etc. Y, al fin, se cansan y dicen despectivamente: "¡No hay quien lo entienda!"

Los areneros parece que rastrillan con un atril de madera, que da al ruedo aire musical.

Y también tiene aire musical el nuevo lance del mejicano Alvarez, que se mece de espaldas al capote y al toro como en un baño de oja.

¡Qué terribles picotazos nos dan las rodillas en el estrecho asiento del tendido!

Cañitas se parece a Rubén Darío joven, y sonríe al saludar, demostrando que no tiene miedo. Lo que más nos gustó de sus faenas fue cuando para escapar de la cogida limitó en la arena el desenrollar de una alfombra.

Albaicín, con las manos bajas, parece un torero lánquido y criollo; un torero que busca en el vuelo del capote la equivalencia del vals lento.

A Casado sólo lo vimos aplastar furioso la montera contra el borde de la barrera en un brindis corajudo y con un tic nervioso en un ojo.

Los alguaciles pasaron la tarde con el dedo índice extendido, señalando su sitio a los "nuevos en esta Plaza".

Cuando el segundo toro se acercó al tendido 10, Curro Meloja se levantó para aplaudir. "No todas las palmas van a ser en el arrastre—dijo—, cuando ya el toro no puede oírlos." Y tenía razón.

Un espectador definió al toro tercero diciendo, sintética y expresivamente: "No embiste; topa."

Llega el hastío cuando la corrida está en punto muerto.

La ovación sorprende a Cañitas con un buche de agua en la boca, que se le dispara como un sifón.

El público quiere ayudar a que acuda el toro distraído y organiza una buena colaboración de silbidos vaqueros.

Y, de pronto, las cornadas de senuadernan a los picadores y les arrancan cubrepies metálicos y tiras del pantalón, que dejan al descubierto su forro de armaduras antiguas. Es como si en la Plaza se desnudara súbitamente la Edad Media.



Después de la corrida Hablan los toreros



Casado

PAQUITO CASADO

UN saludo sin palabras, que dice elocuentemente cómo el torero siente en lo hondo no haber quedado como era su deseo. El mozo de estoques va y viene por la espaciosa habitación del hotel y dos amigos comentan las alternativas de la corrida. El traje de luces está en una silla, según la inveterada costumbre taurina.

—La corrida de Concha y Sierra, buena—empieza a decirnos Casado—, pero, en general, falta de esa alegría que hace al diestro estimularse y superarse cada tarde. Mi primer toro se puso un poco por el lado derecho, y el segundo, falta de fuerza para terminar la carançada, pero embistiendo bien.

—¿Disgustado de la actuación?
—Mucho—responde rápidamente—, porque yo creo que en Madrid se viene para estar bien o no se debe venir.

Después nos cuenta cómo ayer estaba en el campo, donde mató un novillo. Allí fue avisado a última hora, teniendo que salir precipitadamente para no perder el tren.

No corrí yo más con el coche, y luego, para esto...

Palabras que ponen fin a nuestra entrevista y en las que late un amor propio y dignidad de torero, que dicen mucho en favor de este muchacho que, leal y noblemente, se reprocha no haber estado a la altura que el público se merece y él deseaba.

ARTURO ALVAREZ

Cuando entramos para hablar con el diestro mejicano éste se encuentra en la cama, desde donde celebra una conferencia sobre futuros corridos, con un desconocido interlocutor. La esposa, el mozo de estoques y dos amigos le hacen compañía. Sobre la mesilla de noche un doble cuadro con la Mañana y el Gran Poder, como si del más sevillano de los toreros se tratase.

—Los compré en Sevilla—nos dice el diestro, que se ha dado cuenta de nuestra curiosidad—cuando toréé en España por vez primera, y desde entonces me acompañan siempre.

Estas palabras nos traen el recuerdo de la acogida que el público madrileño ha hecho a los dos matadores mejicanos; como un abrazo emocional a los hermanos de la Hispano América este tarde han brotado las palmas cordialmente, diciéndoles, con su cariñosa elocuencia, que para nosotros era un alto honor espiritual tenerlos en nuestra plaza; ellos así lo han comprendido y han puesto su arte y sus mejores deseos de triunfar en el ruedo madrileño.

—Si mi primer toro—nos contesta—hubiera seguido con la alegría con que salió, creo que hubiera mejorado mi faena, pero en el tercio de quites se apagó su empuje. El ya vió cómo fue protestado por el público; tuve que lidiarlo como un manso que era, y eso, como es natural, no gustó.



Arturo Alvarez

—El público, ¿qué le ha parecido?

—Diga que estoy verdaderamente agradecido. Y emocionado por la acogida que nos fué dispensada; en los quites escuché las palmas más fuertes de mi vida torero. Yo salí con la ilusión de conseguir una oreja en esta plaza y con ganas de darle todo, pero los toros, cuando se empeñan, hacen que los mejores pensamientos se vengam abajo.

Hace después un caluroso elogio del Artillero, su picador, que «lo hizo muy bien», y nos dice que debería haber torreado, antes de presentarme en Madrid—«donde el público entiende de verdad de toros»—unas buenas corridas en provincias para «estar puestos», y nos reitera el deseo que tiene de volver a este ruedo para mejorar su actuación de esta tarde.

CARLOS VERA, CAÑITAS

—Quiero que sepa, ante todo—empieza diciéndonos el mejicano, con hablar pausado, en el que se acentúan los giros característicos de su país—, que ha extrañado enormemente el cambio de plaza. Yo vengo, como sabe, de Portugal, y allí, al no ser picados los toros embisten con más dureza que aquí, donde, necesariamente, esta suerte indispensable los suciza para la faena; creo que cuando toréé unas cuantas corridas «cogeré mi sitio», y lo mismo le digo en lo que se refiere a las banderillas.

—Mi primero—continúa—, suave, y en él yo hubiera querido estar mejor; y el segundo, con mucha fuerza, pero sin humillar lo suficiente para ligar bien.

—¿Cómo juzga su actuación?

—No estoy contento, porque yo venía a cortar oreja y no lo he conseguido. Tengo otros dos corridos firmados en Madrid y espero, para entonces, haber cogido «ese sitio» que antes le dije me faltaba hoy.

RAFAEL ALBAICÍN

—Satisfecho de las sinceras palmas del público, pero no de mí—nos aclara—que creo puedo ir más en una tarde completa. Emocionado por la despedida, que no podré olvidar nunca. Diga que tengo deseos de volver a esta plaza, para que mis paisanos...

—Mi primer toro—continúa—, sin peligro, pero imposible, por su poco poder, para hacer una faena. El segundo no veía por bajo, y esto le hacía peligrosísimo, sobre todo al entrar a matar, porque la muleta no la distinguía, y, en cambio, a mí sí, y bien—termina.

—¿Qué lástima no haber matado como yo quería! Allí se me fué la oreja—se lamenta el torero, mientras la madre, del más puro linaje cañita, trae su estampa morena a la estancia, donde, sobre la mesa, las cañitas ponen una borrachera de oro viejo.



Cañitas



Albaicín

RAFAEL DE CORDOBA

El Ruedo



ANTONIO CASERO

Dos orejas a LUIS M. DOMINGUIN en Zamora

DOMINGUEZ fué pitado y MANOLETE aplaudido



Luis M. Dominguín

ZAMORA 10 (Mencheta). — Se celebró corrida de feria, lidiándose seis reses de la ganadería de don Ángel Sánchez y Sánchez, de Salamanca, por los diestros Fernando Domínguez, Manuel Rodríguez (Manolete) y Luis Miguel Dominguín.

La tarde, insegura, calorosa y con llovizna a ratos. Lleno casi completo.

Preside un comisario de Policía, asesorado por el aficionado don Pablo Benavides.

Las cuadrillas son ovacionadas en el pasello.

Primero.—De salida da señales de mansedumbre, y Dominguín consigue ligar cuatro verónicas, rematadas con media. (Aplausos.) Tres puyas y un par y dos medios de banderillas. Se lucen en quites Dominguín y Manolete.

Fernando muletea con la derecha, y cambia de mano para iniciar un natural que no buaja. El bicho no embiste y se cuele frecuentemente. En una arrancada pierde la muleta. Se perfila y marca media en su sitio, y repite con una estocada que sale por el brazuelo, Acierta al tercer intento. (División de opiniones.)

Segundo.—Manolete entusiasma en una tanda de verónicas, que remata con dos medias superiores. Un refollazo. Al quite, Manolete, que es aplaudido. Otra puya, con caída al descubierto, y acude Dominguín oportuno. Manolete es aplaudido cuando manda retirar a los piqueros. Inicia su faena con los pies juntos, pasando el toro repetidamente. Sigue con la derecha valentísimo y se lleva al toro al centro para continuar con pases de todos los estilos, llándose los cuernos del bicho a la cintura. Se adorna con tocamientos de pitones y sigue el entusiasmo. Media, y descabella al primer intento. (Ovación y saludos desde los medios. El toro es aplaudido en el arrastre.)

Tercero.—Luis Miguel le recibe rodillas en tierra para terminar con una rebolera. En su quite da cinco verónicas, rematando con una manoletina. (Ovaciones.) Dos puyas, Luis colea en una caída al descubierto, ovacionándose. También hay una buena intervención de Fernando Domínguez. Coge las banderillas Luis Miguel y coloca un par de poder a poder; otro al cambio, quitándose el toro a cuerpo limpio, y un tercero al quitebrot estupendo. Con la muleta cita al toro desde el estrado y larga tres naturales, un ayudado y otro por alto. (Ovación y música.) Después, con la izquierda, liga tres

naturales y un ayudado para seguir muy valiente con otros de varias marcas que ponen al público en pie. Da una estocada hasta el pomo y el descabello. (Grandiosa ovación, oreja y vuelta al anillo entre aclamaciones.)

Cuarto.—Mansote y corretón. Las varas reglamentarias y dos pares y medio. Comienza a llover. La faena de Domínguez es valiente, pero el bicho no responde. Tres pinchazos y un bajonazo con vmitos. (Pitos.)

Quinto.—De salida, Manolete liga una tanda de verónicas, que remata con media. (Aplausos.) Tres varas, siendo aplaudidos los matadores en quites, y dos pares de banderillas. Manolete le saluda con pases por alto, un ayudado, dos de la firma, dos naturales mirando a los tendidos y hándose el toro a la cintura, y otros de di-

versas marcas que arrancan ovaciones y suena la música. Otra tanda de naturales y manoletinas, cambiándose la muleta de mano, con tocaduras de pitones, caricias en el morrillo, etc. (La ovación no se interrumpe.) Marca una en su sitio, repite y descabella a la primera. (Petición de oreja y salida a los medios.)

Sexto.—Luis Miguel le cita con el capote. Tres varas y tres medios pares. Dominguín trastea con pases por bajo y por alto, así como de la firma y estatuarios, y suena la música. Sigue adornado, pero pierde la franela. Continúa valiente con pases por bajo y rodilla en tierra. Citando en corto, una en su sitio, un pinchazo, otra hasta la cruz y descabella al tercer intento.

Peso en canal de las reses: 235, 220, 207, 248, 243 y 241 kilos, respectivamente.

RAFAELILLO y EL ANDALUZ

corían orejas en Utiel



Rafaelillo



Andaluz

ÚTIEL 10 (Mencheta).—Con un lleno absoluto se ha celebrado la anunciada corrida de toros, en la que Cagancho, Rafaelillo y El Andaluz lidiaron reses de don Bernardino Jiménez, de La Carolina (Jaén). Presidió el alcalde, asesorado por el ex torero Palacios.

Primero.—Cagancho se hace aplaudir con el capote. Cinco varas y dos pares y medio. Faena

CAGANCHO escuchó pitos en su segundo

por bajo para tres pinchazos y descabello al segundo golpe.

Segundo.—Rafaelillo oye aplausos torando a la verónica. Cinco varas y dos pares y medio. Faena coronada por la música para una superior y descabello. (Ovación, oreja y vuelta.)

Tercero.—El Andaluz, bien con el capote. Cuatro varas y dos pares y medio. Con la muleta, faena valiente y adornada en los medios, oyendo música. Mata de una estocada y descabella al primer intento. (Ovación, oreja y vuelta al ruedo.)

Cuarto.—Cagancho se luce con el capote. Cuatro varas y un par y dos medios. Faena de alifio. Cuatro pinchazos. (Pitos.)

Quinto.—Rafaelillo entusiasma al público, citándose en unas verónicas. Cuatro varas y dos pares y medio. Con la muleta repite la faena a su anterior enemigo y mata de una entra entrando recto. (Ovación, oreja y vuelta al ruedo.)

Sexto.—Siete varas flojas y tres pares. El Andaluz hace una faena temeraria, que el público aplaude. Se adorna en unos cuantos pases y termina de un pinchazo y una estocada. (Ovación y vuelta al ruedo.)

Rafaelillo y El Andaluz son despedidos de la Plaza con entusiasmas aclamaciones.

Por no haber báscula en la Plaza no se facilita el peso de las reses.

Exito de MARIO CABRE en Murcia

MORENITO DE VALENCIA y NIÑO DEL BARRIO fueron aplaudidos



Mario Cabré

MURCIA 10 (Mencheta).—Segunda de feria. Ganado de Conrad, grande, cornalón y difícil, menos los dos primeros. Alternan Morenito de Valencia, Mario Cabré y Niño

del Barrio. Entrada regular. Preside el comisario de Policía señor Caballero.

Primero.—Morenito de Valencia instrumenta unas buenas verónicas. Tres varas y dos pares y medio de banderillas. El de Valencia brinda al público y hace una faena valiente para media estocada corta y descabello (Ovación y saludos.)

Segundo.—Mario Cabré lo fija con una verónica. Cuatro varas con un tercio de quites muy animado. Banderillas, las de reglamento. Brinda Cabré al público y da tres pases por alto, muy buenos; sigue con la derecha a base de naturales, cambiados y manoletinas. Entrando bien, deja una estocada que mata. (Ovación, oreja, vuelta y saludos.)

Tercero.—Niño del Barrio lo recibe con un cambio de rodillas, y Arca, de su cuadrilla, le salva de una cornada, pues salió trompocado. Tres varas y tres pares y medio de banderillas. Niño del Barrio brinda a sus paisanos, y al encontrar un toro difícil, hace una faena de alifio, valiente. Mata dos pinchazos y una estocada

(Ovación y saludos.) El matador pasa a la enfermería con algunas contusiones en la mano izquierda y sale al poco rato.

Cuarto.—Morenito de Valencia se hace aplaudir con la capa. Bien picado y con tres pares de banderillas, pasa a manos de Morenito, que se limita a una faena de alifio para igualar. Entra tres veces y descabella. (Ovación y vuelta al ruedo por la valentía demostrada. También tiene que salir a saludar al peón Pascual Bernal por su acertada labor en toda la lidia.)

Quinto.—Mario Cabré da unos pases por bajo, otros en redondo y se adorna con rodillazos. Mata de media perpendicular, media honda y el descabello.

Sexto.—Tres varas y tres pares. Niño del Barrio hace faena valiente, aguantando tarascadas. Un pinchazo hondo y media estocada. (Ovación.)

Las reses pesaron, por orden de salida, 210, 243, 269, 291, 238 y 272 kilos.

(Información gráfica, en la página 10.)

En Ronda, NIÑO DE LA PALMA y VICENTE FAURO cortaron orejas



Niño de la Palma

RONDA 9 (Mencheta).—Con un lleno se celebró la novillada de feria, con reses de Gallardo para Andaluz Chico, Niño de la Palma (hijo) y el madrileño Vicente Fauro.

Primero.—Andaluz Chico N. de la Palma hace una faena aceptable y mata con brevedad. (Muchas palmas.)

Segundo.—Niño de la Palma se luce en verónicas. Faena valiente y torera. Estocada buena.

con pases de todas las marcas, muy cerca y valiente. Mata de una estocada. (Ovación, oreja y vuelta.)

Cuarto.—Andaluz realiza una buena faena de muleta, con pases cambiados en redondo y manoletina. Estocada corta. (Ovación y vuelta.)

Quinto.—Niño de la Palma tanca templado. Palmas. Con el trapero realiza una gran faena, con pases muy variados. Entrando de cerca, logra una estocada que mata sin puntilla. (Ovación, oreja y vuelta al ruedo.)

Sexto.—Fauro se luce con la muleta con naturales y de pecho muy buenos y mata de una estocada. (Ovación, oreja y vuelta.)

Los novillos dieron un promedio

Cogida de MARAVILLA en Bémez

BELMEZ 10 (Mencheta).—Se celebró un festival taurino, con ganado de Casado.

Sánchez Mejías estuvo superior en sus dos toros, a los que banderilleó. Del primero cortó la oreja y en el segundo dió la vuelta al ruedo.

Maravilla, en su primero, muy valiente con capa y muleta y breve con el estoque. Dió la vuelta al ruedo.

En su segundo hizo una gran faena, intercalando rodillazos y otros adornos, pese a las malas condiciones del animal, y en un desplante, recibió un puntazo en una ingle, no obstante lo cual siguió la lidia y dejó un estocazo superior.

El diestro Maravilla sufre un puntazo de dos centímetros y me-



Maravilla

CARTEL DE BARCELONA



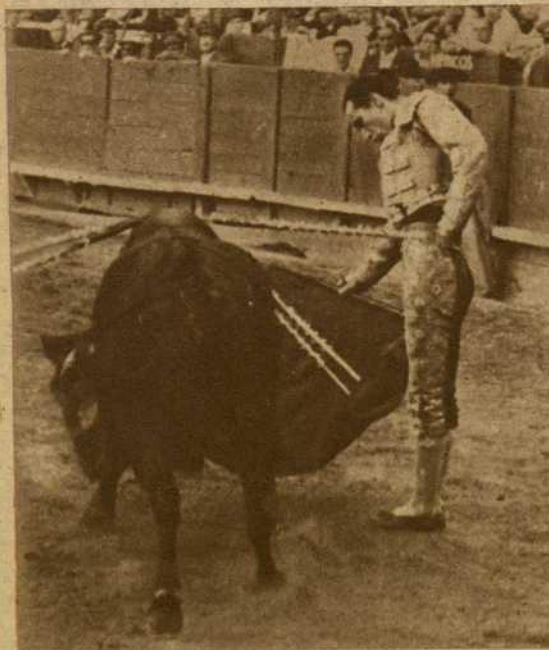
Los matadores—El Soldado, Gallito y El Estudiante—momentos antes de empezar la corrida



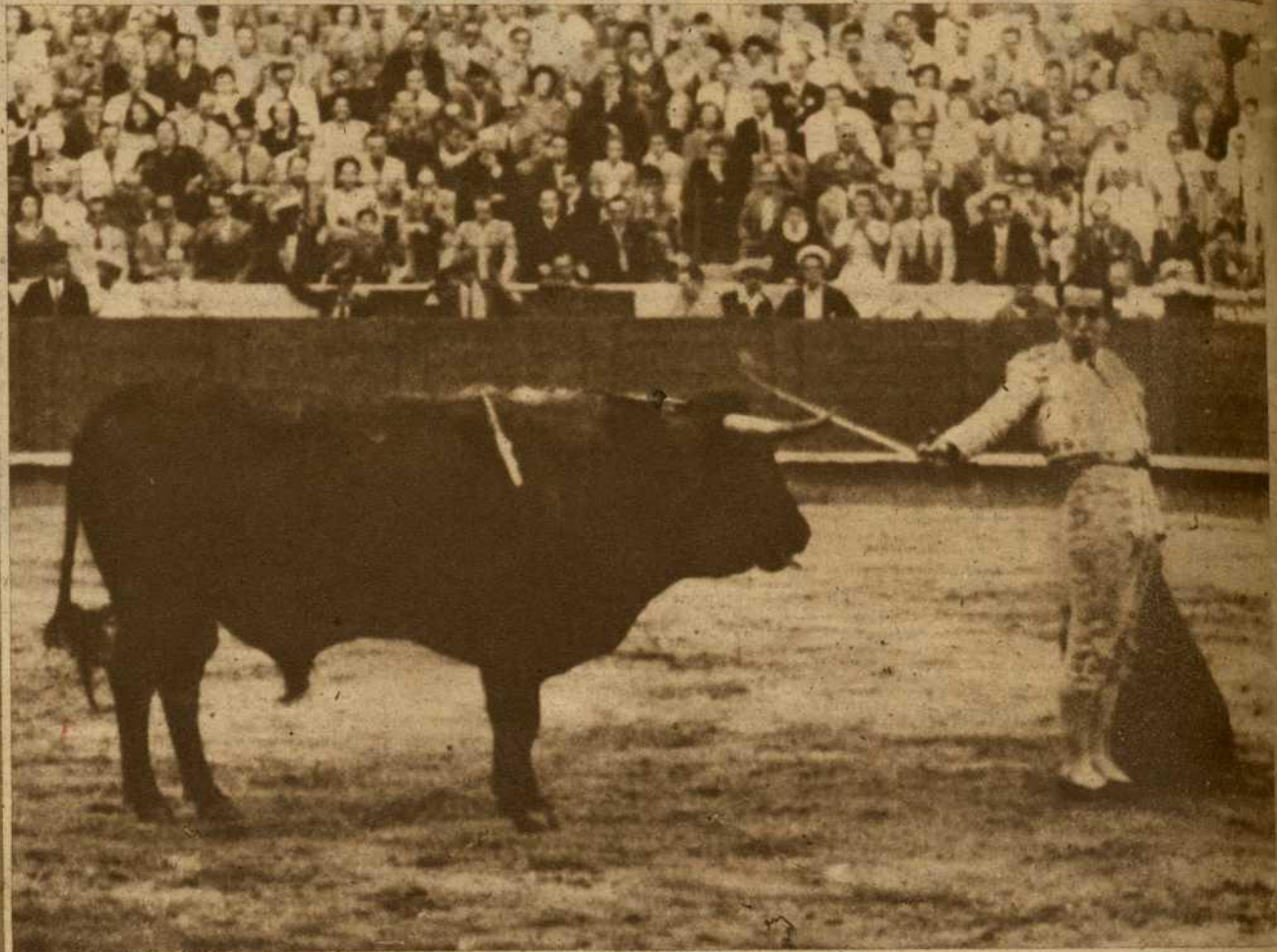
El Estudiante en un muletazo con la izquierda a uno de sus toros



Gallito dando un pase por alto a su primer toro que fué el tercero de la tarde



Gallito en un natural con la derecha, también a su primero



Gallito en su segundo toro, al que hizo una gran faena de muleta, le vemos en esta foto en un adorno pinturero, tan característico del torero cañí

R E S E Ñ A

BARCELONA, 10.—(De nuestro corresponsal Subirán).—Muy buena entrada. El paseillo lo hace montera en mano el mejicano, a quien se saluda con estruendos aplausos.

Primero. «Naranjito», negro, gordo, grande, precioso de tipo. El Estudiante lo fija bailoteando y comienza la tarde de disgusto. Cuatro varas, en las que le pegan de firme los del castoreño, y sólo anotamos ya un buen quite por verónicas de Gallito.

El Estudiante no sabe lo que hacer con la muleta; por la cara, sin aguante, unos mantazos. Trata de aligerar y larga un pinchazo que el toro escupe; sin esperar la igualada, media que cae bien y el descabello.

Pito para el matador y aplausos en el arrastre de la víctima.

Segundo. «Caminante», negro, otro bonito ejemplar. Cuatro varas recargando y sólo un quite de Gallito por chiclemas.

Brinda El Soldado al respetable y quiere hacer faena, pero el morito tiene mucho nervio y la cabeza descompuesta. Muleteo por bajo, tratando de dominar, y como se aploma, acaba toreando por la cara. En cuanto iguala, una entera levemente desprendida y descabello a la segunda. Pitós.

Tercero. «Sanluqueño», menos toro que los anteriores, pero bien presentado. Gallito lo fija con unos lances estátuarios y a continuación quite por verónicas. El Soldado, por chiclemas.

Cuatro varas malas de remate y otro quite lucido [del mejicano].

Inicia la faena Gallito de cerca y por alto; sigue por naturales, y cuando el toro no le pasa recurre a los adornos y desplantes gitanescos, que no son apreciados ni agradecidos. Estocada casi entera en buen sitio y descabello a la segunda. Silencio.

Cuarto. «Risueño», negro listón, otro buen mozo con mucha teña en la cabeza. Cuatro varas con poder y derribo, dos más volviendo la cara, pues no hay quien pueda hacerle un quite a la mole.

Le ponen las banderillas a la media vuelta y pasa a manos de El Estudiante muy bronco. No pasa, y el matador lo trastea con precauciones a pico de muleta, siendo él el toreado. El anillo se convierte en una capea. Dos pinchazos en hueso, media echándose fuera, dos intentos de de caballo y se acuesta. El puntillero se lo deja vivo y hay pánico cuando rescuita. Al final lo liquida y la bronca es grande.

Quinto. «Tenebroso», negro listón, alto de cabeza. Cuatro varas; las dos últimas lo dejan hecho migas. Nos quedamos sin quites y el público patentiza su enfado.

Quiere coger los patos El Soldado y el público se lo priva. Brindis, malos humores y un toro aplomado que no pasa. El mejicano, voluntario y tal, trastea con suavidad y reposo; de cerca, mirando al morrillo, una gran estocada que mata.

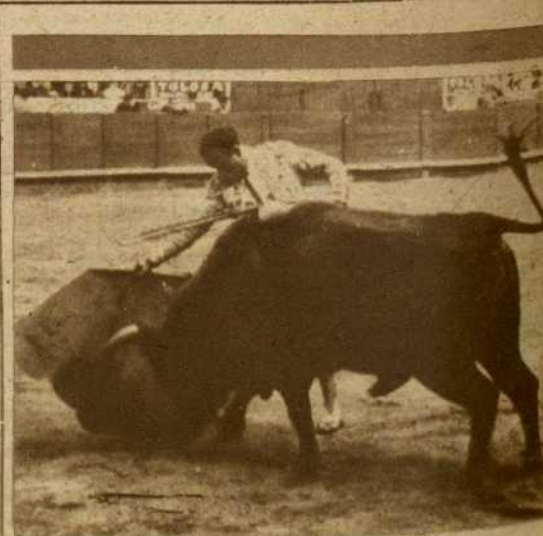
No se le agradece al azteca la voluntad y el gran espadazo.

Sexto. «Zamorano», negro, listón, gordo y bien puesto. Cuatro varas, la última mortal de necesidad. No hay nada en quites ni en banderillas.

Gallito cierra el disgusto festejo con una faena pinturera a base de naturales con la derecha, un molinete y afrolados. Rompe el hielo y hace sonar la música. Segunda faena, excesiva en adorno; y la rúbrica es una buena estocada, casi entera.

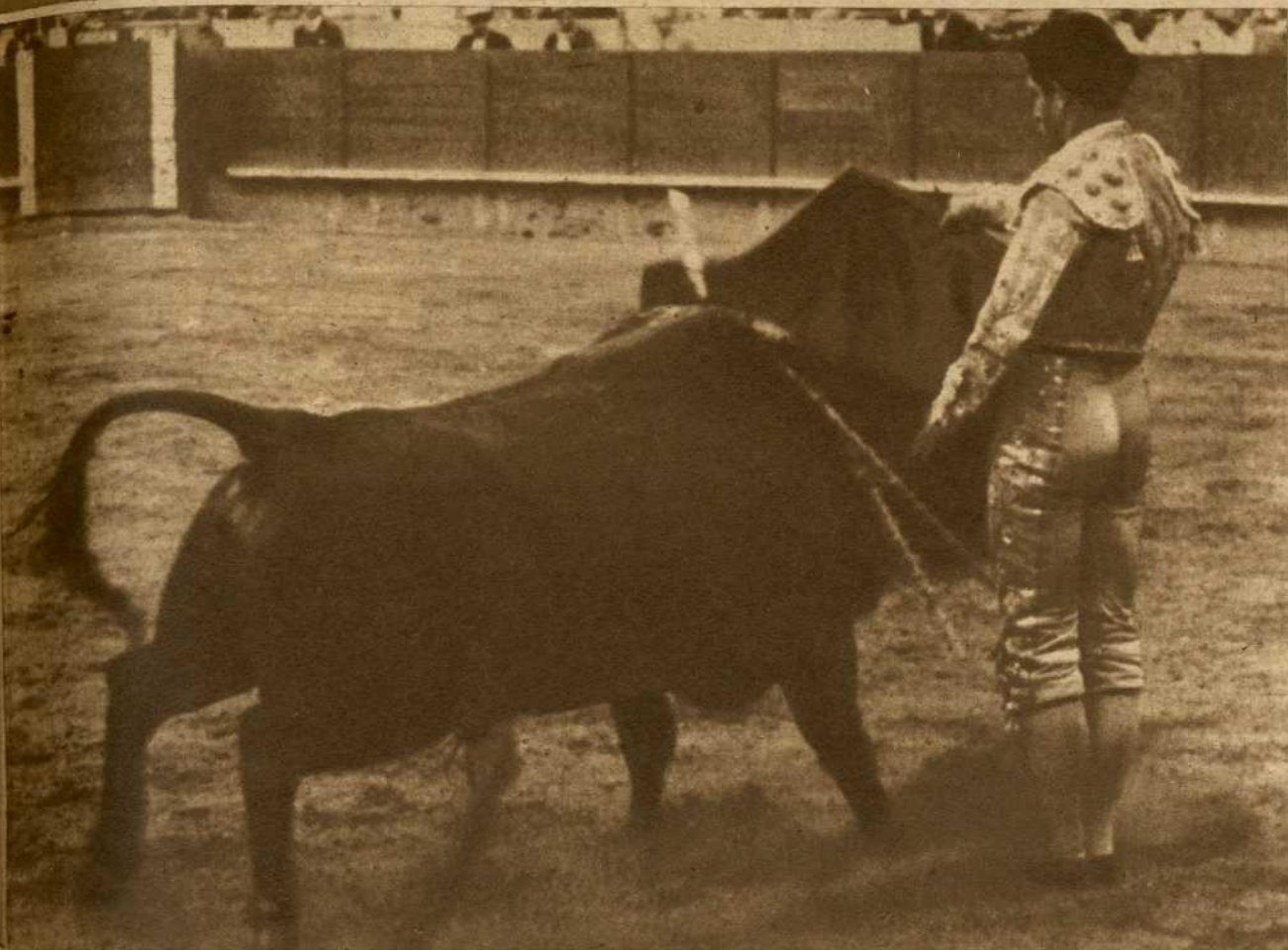
Ovación, vuelta y saludos.

Peso de los toros: 271, 272, 266, 283, 284 y 316.



Gallito pasando de muleta

SEIS TOROS DE MARIANO FERNANDEZ PARA EL ESTUDIANTE, EL SOLDADO Y GALLITO



El Soldado en un pase por alto con la derecha a uno de los toros que le tocaron en suerte el domingo en Barcelona

JUICIO CRITICO

¡Lástima de corrida! Desde su vasta dehesa cordobesa de Almodóvar del Río nos envió don Mariano Fernández seis buenos mozos, bien armados, gordos, de bonito tipo. Ni eran catedrales ni se ahogaban en grasas superfluas; eran, sencillamente, el tipo de toro que debiera imponerse y regir en nuestra incomparable fiesta. Pero nuestro gozo duró tan sólo el tiempo exacto entre la salida de toriles y la intervención de los matadores con el deseo de fijarlos. En este punto ya se descubrió de sopetón su mal estilo, que fué a más en la lidia, hasta llegar aplomados e inciertos a la muleta.

Dicho todo lo que antecede, fácil será llegar a la conclusión de que fué una corrida muy propia para grandes lidiadores, y el menor margen para el estilismo andante, y como lo que priva es precisamente eso, el toreo finito, compuesto con el torito de mazapán, pues apenas quedan incondicionales del toreo «macho»; de ahí los malos humores que camparon por sus respetos en la Monumental.

Bien estuvo que se les tuviera a don Luis Gómez, más conocido por El Estudiante, porque es una primera figura que, según declaraciones propias, debe torear poco y cobrar mucho. Ni toreó, ni lidió, ni mató. Salió a bronca por toro, y como el «suspenso» se ha registrado en septiembre, por nosotros que quede para otro «curso».

Pero el público se mostró despiadado con El Soldado, cuya labor fué discreta, ya que no brillante, y siempre voluntariosa. Mereció el mejicano aplausos en su primero y ovación en su segundo, al que mató guapamente y no se le quiso pagar el precio justo de su labor, lo cual nada tiene de extraño en una Plaza donde se foguea a un toro con cuatro varas y se intenta «quemar» a otro sin salir los picadores. Estamos en deuda con El Soldado, y fuerza será que la saldemos.

Gallito fué quien salió mejor librado en la tarde de pitos y disgusto general. Vino con una decisión en el punto menos que desconocida y mostró torero, gitano y pinturero en todas sus intervenciones. No le quiso aplaudir el público en su primer toro; pero Gallito pudo con él en el segundo, y llegó a dar la vuelta al ruedo y ver solicitada la oreja por una minoría. ¡También hemos quedado en deuda con él!

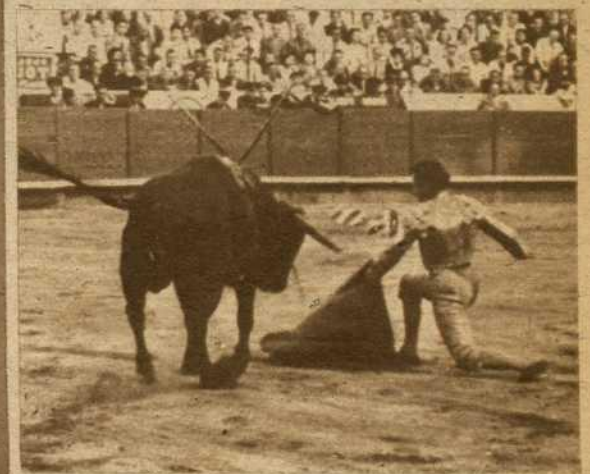
Y basta de juicio crítico de una corrida que globalmente no lo mereció.



Gallito pasando de muleta



El Estudiante en el momento de entrar a matar



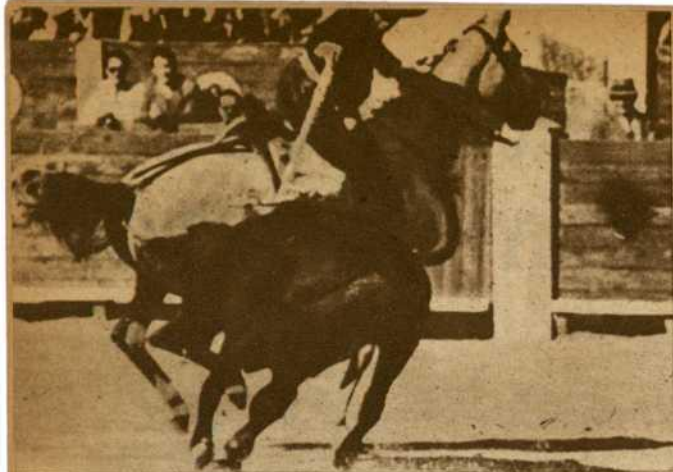
El Soldado dando un muletazo rodilla en tierra



El Soldado matando al quinto de la tarde de un estocónazo



El Soldado toreando por verónicas a su primer toro. (Fotos Valls.)



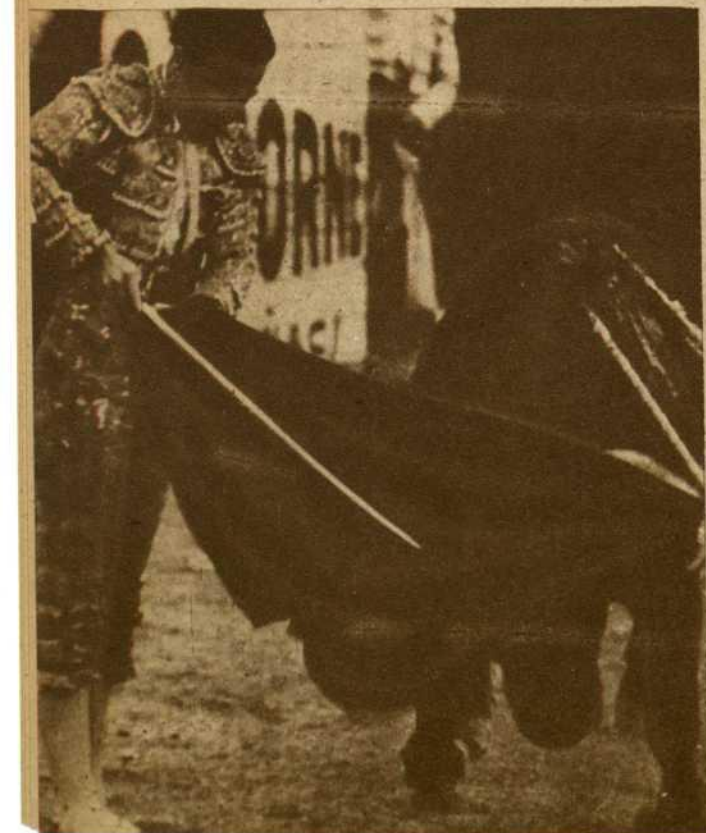
Alvaro Domecq colocando un magnífico rejón al toro que abrió plaza



Domingo Ortega en un buen muletazo por bajo a su primer toro



Pepe Luis Vázquez en un pase en redondo y otro de la firma a los toros que le correspondieron en la corrida



Primera de feria en Albacete

Toros de Joaquín Buendía para DOMINGO ORTEGA, PEPE LUIS VAZQUEZ, CARLOS ARRUZA y PEPE MARTIN VAZQUEZ

Domecq rejoneó con éxito

Primero.—Domecq, con gran maestría, coloca un rejón en todo lo alto, y después de hábil preparación, clava otros dos de forma inmejorable. (Gran ovación.)

Tres colocales pares de banderillas. (Ovación y música.) Tras colocar dos reiones de muerte, echa pie a tierra y saca algunos buenos muletazos. Acaba de un pinchazo hondo, una estocada y descabello. (Ovación, vuelta al ruedo y saludos.)

Primero de lidia ordinaria.—Ortega lancea superiormente. Cinco y media verónicas. (Aplausos.) Dos varas. Se aplauden unos aceptables verónicas de Pepín. Tres pares. Ortega comienza la faena con unos pases por bajo, pero su labor no resulta del agrado del respetable. Entrando guapamente coloca una superior estocada.

Segundo.—Se protesta por chico. El presidente ordena sea retirado al corral.

Segundo (bis) (de P. de la Cova).—Pepe Luis dibuja dos y media verónicas. El torete es flojo de remos y se cae antes de tomar la primera vara. Ello origina una bronca fenomenal, hasta el punto de ordenar también su ingreso en los corrales. Salen los cabestros, pero como se prolonga demasiado la retirada del inútil animal, éste es apuntillado en el ruedo, saliendo en su sustitución otro de la misma ganadería. Pepe Luis no logra lucimiento con el capotillo. Un picotazo y tres varas. Tres pares. Faena insulsa y sin colorido. Un pinchazo, estocada y descabello. (Pitos.)

Tercero.—Arruza lancea movido. Tres varas. Arruza torea por chicuelinas (ovación). Tres faetas inmensos y termina acariciando el testuz (muchos aplausos). Coge las banderillas y coloca un gran par (aplausos). Dos nuevos pares de bella ejecución. Comienza la faena con dos ayudados por alto (ovación). Cuatro naturales y dos pases de pecho. Molinetes, rodillazos y desplantes muy totercos (ovación y música). Un pinchazo, saliendo atropellado, y una estocada hasta el puño. (Gran ovación, orejas, rabo, vuelta al ruedo y saludos.)

Cuarto.—Pepín Martín Vázquez veroniquea bien (aplausos). El animal huye de los caballos. Por fin se decide y toma dos varas; en la última de ellas el picador es fuertemente broncado. Pepín torea de frente por detrás y Ortega consigue tres verónicas muy buenas. (Aplausos.)

Tres pases por bajo y tres en redondo. Molinete escalofriante. (Ovación.) Pepín Martín Vázquez muéstrase deseoso de cuajar la faena, pero el bicho está muy quedado. Una estocada. (Ovación y vuelta.)

Quinto.—Ortega lo recibe con seis lances magníficos. (Muchos aplausos.) Un picotazo y dos varas. Ortega torea de frente por detrás y Pepín lo hace por chicuelinas. (Ovación a ambos.)

Tres pares. Brinda Ortega y va al encuentro del toro con ambos rodillos en tierra. En esta posición, y a fuerza de exponer, Ortega da dos pases por alto. (Ovación.) Se pone en pie y muletea aceptablemente. Dos derechazos formidables y cuatro manoletinas. El animal, que ha llegado muy agotado a la muleta, no se presta a los buenos desecos del diestro. Ortega se arrodilla ante él, y cogido al pitón derecho da una vuelta en redondo. (Muchos aplausos.) Coloca media en todo lo alto. (Ovación.)

Sexto.—Se protesta por pequeño. Pepe Luis oya palmas. Dos varas. Arruza torea vistosamente de frente por detrás. (Gran ovación.)

Dos pares y medio. Tres pases por alto y se cae el toro.

Dos en redondo, uno muy bueno de pecho y dos manoletinas. Media estocada y descabella al tercer golpe. El torete, aunque pequeño y flojo de remos, ha demostrado bravura.

Séptimo.—Una verdadera cabra. Bronca general ante la pequeñez del animal. Es devuelto al corral.

Séptimo (bis).—De La Cova. Arruza no hace nada con la capa. Tres varas, la segunda de ellas con caída estrepitosa. El toro demuestra poder. Pepe Luis interviene con acierto. Arruza coloca dos magníficos pares al son de la música. Faena carente de lucimiento. Tres pinchazos y una estocada.

Octavo.—Cuatro buenas verónicas de Pepín Martín Vázquez.

Tres varas y dos pares y medio. Domecq abandona la Plaza y se le ovaciona largamente. El espada dibuja tres buenos naturales, uno de pecho y dos naturales más. El toro está peligroso y achuchea una barbaridad. Un pinchazo y una estocada. (Aplausos.)

Pesca: 175 (el de rejones), 237, 273, 263, 250, 275, 226, 273 y 246 kilos, en canal.



Carlos Arruza en un molinete de rodillas a su primero, en el que alcanzó un gran triunfo

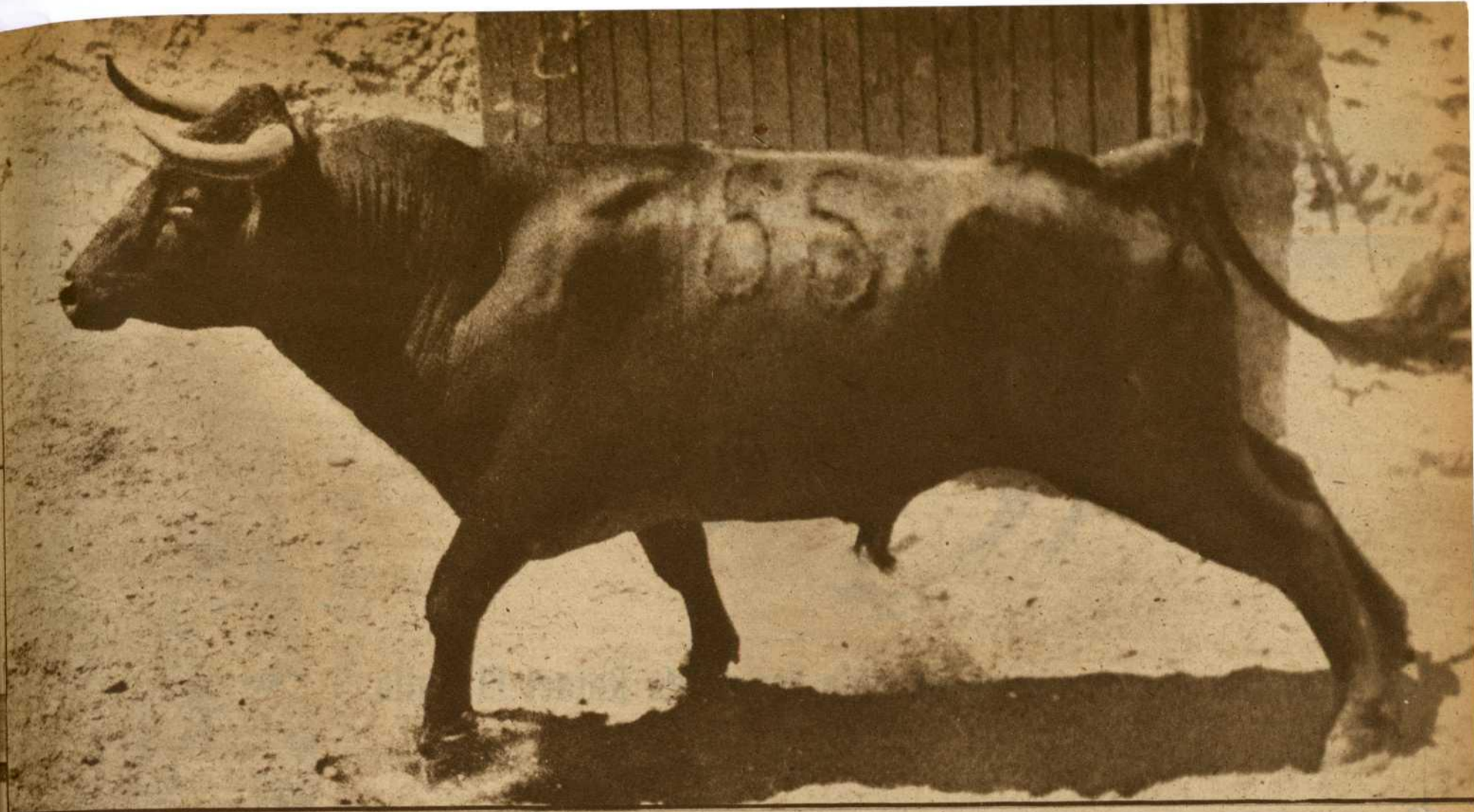


El mejicano clavando un gran par de banderillas con su peculiar estilo



Pepín Martín Vázquez iniciando un pase en redondo y en un magnífico derechazo durante las faenas a sus dos toros. (Fotos Baldomero.)





PLUMAS VIEJAS Y TIEMPOS NUEVOS

Por JOSE CARLOS DE LUNA

No es un secreto—¡a estas alturas!—la mala fe con que se podan costumbres y costumbrismos, a fin de que la Humanidad forme raída y antipática al servicio de lucubraciones que así la requieren para sus maniobras. No vale la pena malgastar un renglón en demostrarlo.

Por aquí también cayeron muchas hojas del folklore, y subsisten las corridas de toros como exponente de tipismo, por su arraigo en nuestro suelo, viniendo a ser raíz más que hoja del mentado árbol.

España conserva su personalidad hasta en las pequeñeces que la caracterizaron, y se recrea en sus lujos pretéritos encontrando en ellos el sostén de su alegría. Tal vez por esto cuenten con tantos torvos destructores las corridas de toros. Critican su lujo como el de las procesiones; báculos de la hombría y de la piedad de un pueblo que no se avergüenza de apoyarse en ellos a la luz del sol y de las místicas candelas. ¡No califique usted de paganismo lo que la frialdad de su alma se resiste a comprender, ni moteje de salvaje lo que aturde su sensiblería de mantequilla de cacao!

Sobre todo, no nos da la gana dejarnos ganar la partida, porque nos consuela y enardece acomodar el ritmo de nuestros trabajos al mismo *pasodoble* jacarandoso que pauta una faena *por naturales* y unas *banderillas al cuarteo*. Eche usted toda la mala intención que le parezca a su comentario, que a nosotros se nos importa un bledo.

Si a la España exportada la caracterizaron sus corridas de toros, a Francia fué el «can-can» y las pantorrillas de la Mistinguette; a Inglaterra, el «criket» y las carreras de caballos; a Estados Unidos, el «base-ball» y el boxeo; a Italia, los macarrones; a Suiza, los osos... Y nadie se pica ni protesta. Todos andamos a gusto con nuestras manías, y en el terreno de las comparaciones nada tenemos que envidiar a tirjos ni a troyanos. Por lo demás, creemos firmemente que ninguna de esas características — un poco a la almagra—merecieron la atención y los comentarios que desató nuestra fiesta.

Si Quinet dice, con teatral pedantería, que «la Jimena del Cid quizá tuviera en el corazón una gota de sangre de toros», acá sabemos que la bravura y la nobleza caracterizaron a Jimenas y Jiménez en bien probados acontecimientos.

Louis Ulbach comen-

taba: «No sé si las carreras de caballos mejorarán sensiblemente nuestra caballería. Yo afirmo que no mejoran de ninguna manera la especie humana. Introducen en el lenguaje un argot; en las maneras y el traje, hechuras e insignias del jockey; en las costumbres, hábitos de cuadra, que no levantan, a mi modo de ver, la cortesanía y el espíritu».

«En España, las corridas de toros no perjudican ni la galantería, ni la imaginación, ni a la altivez nacional. Creo más bien que esos intrépidos españoles, deificados por el heroísmo, educaron en el circo su valor y agilidad y se honran con ser de la misma raza que los toreros infalibles (sic).»

Ni nos halaga ni nos encocora el exaltado ditirambo.

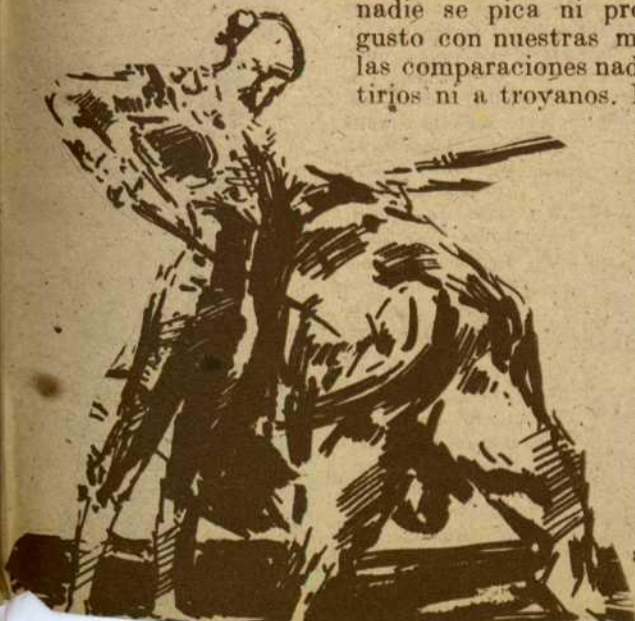
Jules Vidal, abogando calurosamente por que las corridas de toros fueran trasplantadas a Francia, escribe: «Al menos por algún tiempo descansaremos de los abyectos gladiadores de feria, de dislocaciones repugnantes de acróbatas y de todos esos payasos dedicados a rebajar la dignidad viril y a asquearnos con la sandez y la deformidad humana.»

Y Francia, epicentro de diversiones, parece decir angustiosamente por boca de Claretie, hablando del espectáculo taurino: «Es bárbaro, sí. Y, sin embargo, yo pregunto si ese salvajismo no es mucho más noble que nuestro desenfreno; si el espectáculo del combate terrible no es más moral que el funambulismo debilitante, que el arte afrodisiaco que nos invade a nosotros los hijos de la Galia. Allí está la audacia, el instinto, la bravura loca, la temeridad. Aquí, entre nubes de polvos de arroz, el rebajamiento, la postración, la neurosis, la anemia...»

Y a Teófilo Gautier, que se paseó por España eligiendo pedruscos con que lapidarnos y lagunetos donde chapotear para salpicarnos de cieno, le dieron las corridas de toros un tirón de las barbas bíblicas, obligándole a confesar «ser el espectáculo más maravilloso y que sobrepuja en la realidad a todas las descripciones que se intenten».

Valgan estas apreciaciones por las que ruedan entre repulgos y coreadas necedades; y no pensemos, ¡por si acaso!, en las que hubieran determinado ahora. Seguro que ganó el Arte, si de manera abstracta se juzga nuestro espectáculo; pero no es menos cierto que las supercivilizadas plumas bajarían muchos peldaños en la escala de las exaltaciones.

¡Ay, aquellos toros serios, hondos, con defensas para hacerse temer y con sangre para rociar todas las Jimenas y todos los Jiménez que necesitan de eso para no troncharse de anemia y desvanecerse de tontería!





Los cuarenta y cinco años de vida torera de Rafael El Gallo

XIV

RAFANEL, el torero inigualable en sus triunfos y en sus fracasos, ha dado, bien en uno o en otro de los extremos de sus dos polos opuestos, tardes inolvidables, tardes de esas que quedan en la memoria de los aficionados, para bien o para mal. En todo caso, El Gallo permanecía inalterable en su genialidad, ajeno tal vez en el fondo a las reacciones adversas o favorables del público, sin salirse nunca de ese mundo interior en el que ha vivido siempre y en el que nadie ha podido descubrir del todo los velos de su misterio faraónico.

Cualquier otro diestro, en una de esas actuaciones desgraciadas de las que nadie se libra a lo largo de una carrera, queda ante la adversa fortuna disgustado por lo menos, abrumado en ocasiones y hasta anonadado ante las consecuencias del tropezón artístico. El Gallo ha tomado siempre su suerte o su desgracia con una sangre fría admirable, y desde la ventana de su alma imperturbable ha contemplado los efectos que en los espectadores causaba su presencia en los ruedos con una serenidad que sobrenadaba por encima de su miedo unas veces—cuando se le iban vivos los toros al corral—, y por encima de su valor otras, cuan-

do él se confiaba, y del soplo de su inspiración salían aquellas faenas que causaban el delirio y de las que a los veinte o los treinta años de realizadas todavía se habla.

Quería yo que El Gallo me escogiera su mejor y su peor faena. Ya iba advertido de que seguramente me hablaría para el primer caso de sel toro de la Guerrero, llamado así porque se lo brindó a la inolvidable actriz doña María Guerrero y obtuvo con él lo que casi todos los aficionados de la época consideran la cumbre triunfal de Rafael. En cuanto a la segunda historia, habría de referirse a la catástrofe de Vitoria, donde nuestro hombre produjo tanta indignación en los espectadores, que no se contentaron éstos con gritarle todo lo que hay que gritar desde los tendidos y con arrojarle todas las almohadillas y todo lo que no eran almohadillas, sino que muchos bajaron a la arena y le maltrataron de palabra y obra antes de que la fuerza pública pudiera llegar hasta él y arrancarle de las iras de los decepcionados y enfurecidos espectadores. La verdadera tragedia, después de la cual El Gallo cumplió su promesa de no torrear más en aquella Plaza, aunque no nos ha dicho si llegaron a proponérselo.

Sin embargo, a la hora de la elección, no escogió ninguna de estas dos tardes, de las que incidentalmente me habló en otra ocasión.

—La peor y la mejor tarde de mi vida las di yo en Madrid, en la temporada de 1913, y una—detrás de la otra.

Es posible que esta circunstancia de empalmar sin paréntesis el fracaso con el éxito sea lo que dejara más profundo en el recuerdo de Rafael estas dos fechas. En otras, habrá torreado peor y mejor, pero ya no es el mismo caso.

Este año de 1913 corresponde a la mejor época del hijo mayor del señor Fernando, que, como se sabe, fué de 1910 a 1914, cuando era figura indispensable en todas las ferias y en todos los carteles de postín.

El día 2 de mayo había dado en Madrid una tarde de las suyas, de las que le colocaron a la cabeza de la torería. Le tocó actuar otra vez a finales del mismo mes y el público, que recordaba la gran faena que le había ofrecido semanas antes, se las prometía muy felices, y con razón, ya que Rafael estaba en racha de éxitos. Al hacer el pasello, con Mazzantinito y Manolete, los espectadores le obsequiaron con una ovación en la que querían expresarle cómo recordaban su faena anterior y con cuánta ilusión esperaban la que iba a comenzar.

Por primera vez se lidiaban ese día, a nombre del duque de Tovar, los toros que fueron de Arribas hermanos. El verano se anticipaba y la tarde era calurosa. Rafael no se encontraba a gusto. Tenía fiebre y su mirada observaba con recelos de presentimiento aquel júbilo de los espectadores. El ya sospechaba—o temía—que iba a estar fatal, porque con cuarenta grados de fiebre no se puede—o no se debe—salir a torrear. Pero confiaba en salir del paso con poco que le ayudara la suerte. Lo malo es que las cosas se pusieron en contra desde el principio. El contento de los espectadores durante el pasello se transformó en lo contrario tan pronto como salió el primer toro. Un toro que tomó seis varas, pero que—¡tiempos aquellos!—no agradó al respetable porque no empujaba lo suficiente. Empezó la protesta para que lo devolvieran al corral. Este es un detalle que puede servir como punto de comparación entre el ganado que se lidiaba antes y el que se lidia hoy.

No hizo caso el presidente de las protestas, cada vez más sonoras, y sacó el pañuelo para que tocaran a banderillas, lo cual pareció al público una burla intolerable. Arreció la gritería; se pusieron en pie agitando los papeles de las localidades. Y el presidente, ¡que si quiere! Era una batalla en la que usía se había propuesto salir vencedor. La bronca llegó a lo épico. Empezaron a llover almohadillas, en tanto que los banderilleros cumplían con su obligación. La alteración del orden público era ya un hecho inevitable que aun aumentó cuando

un centenar de espectadores se echó al ruedo para impedir que continuara la lidia. Uno de ellos fué volteado aparatadamente y el escándalo alcanzó las alturas de lo indescribible. El toro fué al fin retirado al corral, después de banderilleado, para evitar mayores males. Y un poco ya calmados los ánimos, se dió



¡LA TARDE AQUELLA TAN MALA Y AQUELLA TARDE TAN BUENA!...

suelta, al sustituto, que era de la ganadería de don Luis Baeza, negro, gordo y abierto de cuerna. ¡Negro! Lo que le faltaba a Rafael, que le había dado por no querer ver a los toros de este color, según dicen, aunque lo más probable es que aquel día no los pudiera ver así se los pintaran de azul celeste.

El caso es que al torrear de capa nadie pudo presagiar lo que iba a ocurrir poco después. Le dió unos lances buenos, dos navarras y una larga aforolada de las que tenían el sello de la casa. Y llegó la hora de matar. En los tendidos, los comentarios eran optimistas.

—Vamos a var cosas.

—Parece que viene con ganas.

¡Y ya lo creo que vieron cosas! El Gallo encontró al toro incierto. Le dió un ayudado por alto, uno de pecho y otros ayudados por bajo. Luego, medios pases con la izquierda. No era lo que se esperaba, mas ya estaba cubierto el expediente. Pero... la desgracia vino porque el toro empezó a huir y El Gallo a no quererlo ver. Con siete toreros a su alrededor, empezó la persecución. Capotazos por aquí, capotazos por allá. «Llévalo a este lado», «Tráemelo aquí». Empieza la bronca. Se va al toro y pierde la muleta. Más medios pases, intervención de los peones, griterío infernal en los tendidos. Ahora el toro está más incierto que al empezar, por los mil capotazos y muletazos que le han dado. Va Rafael a dar un pase y se cae. Se resiente de una mano, pero los espectadores se empeñan en que es camelo. El Gallo está apoyado en la barrera, «haciendo tiempos» con el pretexto de coger nueva muleta y estoque. Un espectador le grita:

—¿A qué esperas?

Y aquí viene esa respuesta incorporada a la colección de anécdotas de Rafael, que dice mirando al preguntón:

—¡A que le salgan canas!

Se va al enemigo y pincha en hueso. Suena el primer aviso. Larga un sablazo en el lado derecho del cuello y la punta del estoque sale por debajo de la papada. Superbronca y lanzamiento de almohadillas. Se va a por otra espada, y cuando llega a la barrera, un espectador se hace oír por encima del tumulto:

—¡A la cárcel!

Y Rafael que responde con toda su sinceridad:

—¡Qué más quisiera yo!

Allá va otra vez. Un mandoble junto al testuz. Segundo aviso. Un pinchazo en el pescuezo. Un sablazo delantero. No hay modo de que caiga. Intenta dos veces el descabello. No acierta. Sigue la escandalería. Otro pinchazo. Y... al corral. El Gallo, con la cabeza baja, pero atibando de rojo a la multitud, se retira al callejón. Ha sido el desastre, sólo comparable a aquel otro que dió en la misma Plaza alternando con Vicente Pastor. También El Gallo en esta ocasión se retiró a la barrera con la cabeza baja. Y Vicente, con intenciones de consuelo, le dijo:

—¡Hay que ver cómo están los «morenos» esta tarde, Rafael!

—Para vosotros, superior. Ya os los he dejado a todos roncos.

Y tres días después, el 1 de junio, ocurría el escándalo a la inversa. La Plaza, llena. Toros de Alean. El Gallo, Bombita y Vicente Pastor. Muchos pitos al salir, dedicados a Rafael por el fracaso de tres días atrás. Pero hoy viene sin fiebre y dispuesto a armar la revolución. Que piten. No importa. Dentro de poco los silbidos se transformarán en palmas de las que echan humo. Ya en su primero, después de hacer retirar a Bombita y a Pastor, hace una faena primorosa, que no redondea porque no tiene suerte al matar. ¡Hoy sí que viene bueno de verdad!

Y sale su segundo. «Jerezno» se llamaba. Y era retinto, aldinero y brocho. Banderillean los matadores. Rafael cuarta un gran par por el lado derecho. Llega el momento de coger los trastos. Rafael se va al

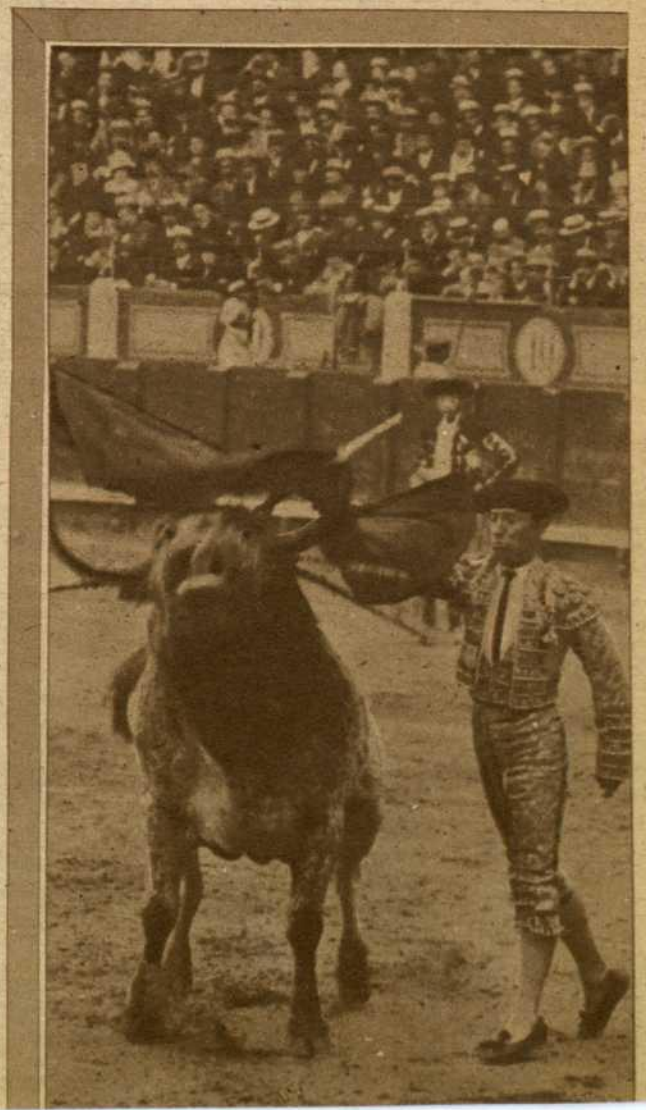
tendido del 5, donde más le habían chillado la otra tarde fatal. Brinda, y... ¡al toro se ha dicho!

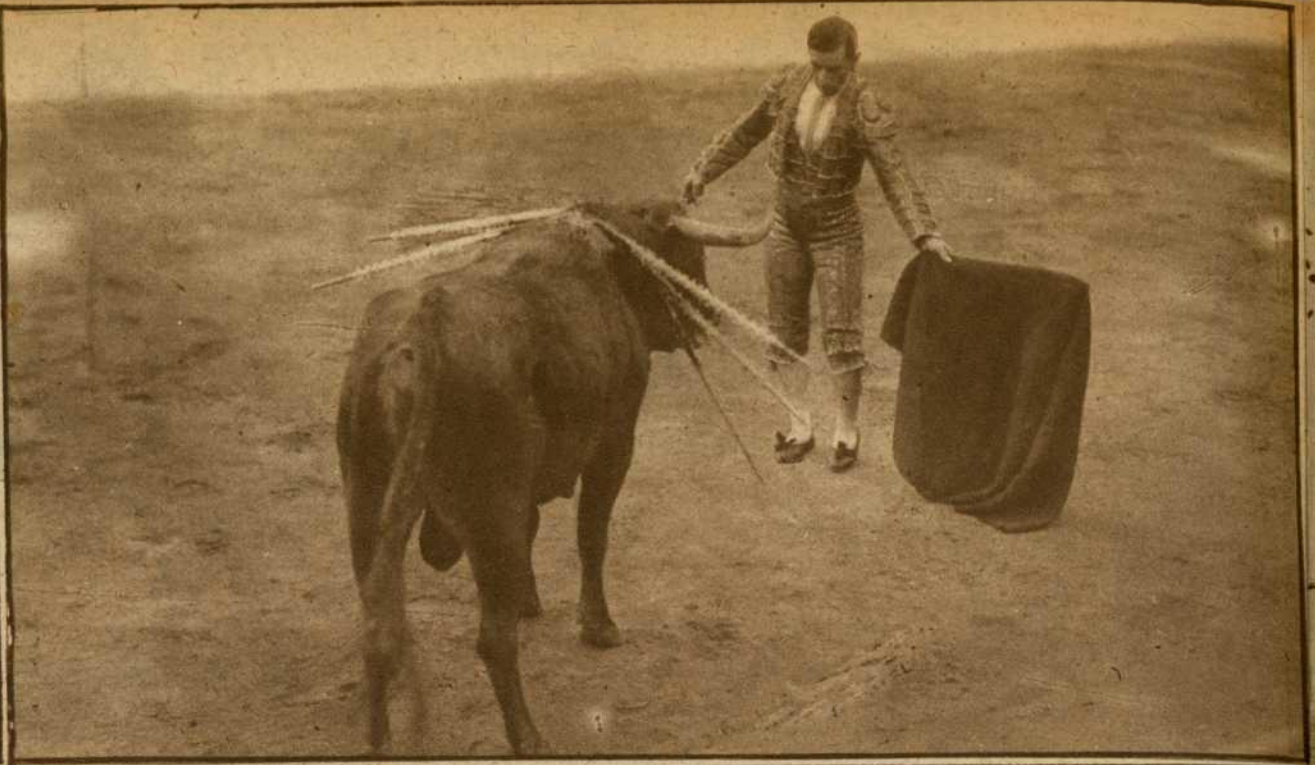
Empieza con un cambio magistral y después destapa—como él dice—el tarro de la esencia y dibuja una faena completísima, a dos milímetros de los pitones, en la que saca a relucir lo más escogido de su repertorio inagotable. Los altos, los naturales, los ayudados, los cambios por la espalda, las florituras, los adornos, los desplantes. ¡Todo! Lo hace todo, ¡y cómo lo hace! Cita a recibir y da un pinchazo superior. Ya piden la oreja. Pero aun hay más que ver. Queda una segunda faena preciosa y bordada, como prólogo de una formidable estocada a volapié de la que cae el toro instantáneamente.

Y... el delirio. El Gallo, en hombros de los espectadores, sale por la puerta grande, aclamado, seguido por miles de personas que vitorean a «El divino calvo».

El mismo al que tres días antes le habían echado un toro al corral. Ese es Rafael.

RAFAEL MARTINEZ GANDÍA

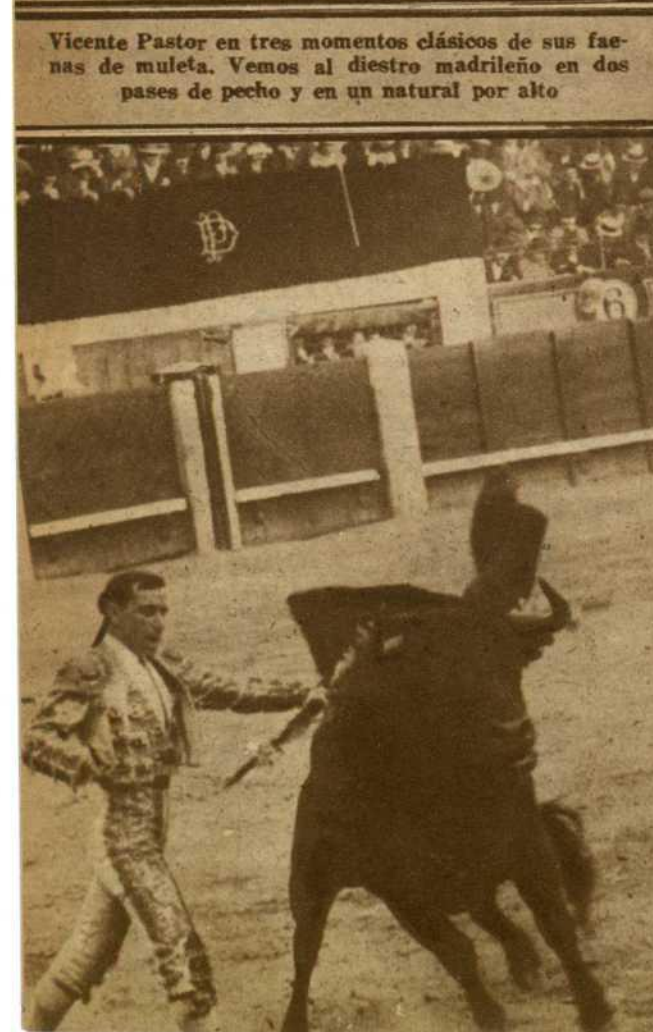




Aquel gran torero citando para torear al natural. Vicente Pastor usaba casi siempre la mano izquierda para sus faenas de muleta; la derecha, para el estoque, y en medio, el corazón



Vicente Pastor en tres momentos clásicos de sus faenas de muleta. Vemos al diestro madrileño en dos pases de pecho y en un natural por alto



TEMAS TAURINOS

EL ARTE DE TRASTEAR

Por FELIPE SASSONE

PORQUE trastear se dice de lo que se le hace al toro con los trastos de matar antes de herirle, bien sea con una mano, la izquierda, ya con las dos o cuando con muleta y estoque en la mano derecha.

Hace ya mucho tiempo, cuando era revistero taurino, dije en cierta ocasión, y el lector me perdone el narcisismo de haberme enamorado de mi propia frase, que el matador había ido al toro llevando cada cosa en su sitio: el estoque, a la derecha; la muleta, a la izquierda, y el corazón, en medio. Ahora digo que el pase natural es el que se da con la mano izquierda porque la mano izquierda es la mano natural de la muleta. El pase, que puede ser por alto o por bajo, será siempre natural si es natural el movimiento del brazo, y el movimiento más natural del brazo al torear es el que se hace hacia afuera, separándolo del busto, para despedir y no para recoger. El movimiento del brazo en el pase de pecho, aunque al fin y a la postre despida, se trae el toro a sí en la iniciación y acaba despidiéndolo al revés, de izquierda a derecha, y ya no es un movimiento simple, sino compuesto, es decir, un movimiento doble, y, por ende, no tiene la sencilla naturalidad del primero. Claro está que con el brazo derecho puede hacerse el mismo movimiento hacia afuera, de separación, que «despide»; pero la mano natural de la muleta es la izquierda, y el uso de la derecha, lo accidental. Cuando se inventó la muleta, un palo con un trapo, una banderola, su misma forma dictó el uso lógico y consecuente: torcer por medio del engaño el viaje del toro apartándolo de la recta hacia la izquierda del lidiador, sacando la bandera por encima del animal, con lo que no se le incitaba a volverse, aunque sí a pararse si sentía codicia, pues con la cabeza levantada no podía correr. Sólo después de reponerse se revolvió; pero ello daba más tiempo al lidiador entre lance y lance. Se llamó al trasteo «pasar», no porque pasase el toro precisamente, sino porque la muleta pasaba por encima de él: «lo pasaba», «le daba pases». El pase primordial fué, pues, por alto, dando la salida por la izquierda y tomándose el torero su derecha. Después, cuando los diestros empezaron a fijarse en las diferentes condiciones de los toros y pensaron en la conveniencia de sujetar a algunos y de obligarlos a revolverse más pronto, humillados, buscando el trapo, que se les escapaba no por arriba, sino por un lado, entonces nació el pase natural sacando la muleta por debajo del hocico del toro y no por encima de los cuernos. Pero todo lo que se haga con la mano izquierda, despidiendo al toro por dicho lado, sea por arriba, sea por abajo el remate, será un pase natural. No así lo que se haga con la derecha, aunque el movimiento sea idéntico, porque cuando se trastea con la derecha se llevan en una sola mano muleta y estoque, y éste sustenta y agranda el engaño, y ello es artificio y recurso y no naturalidad.

El pase alto con la mano izquierda ha desaparecido casi del toréo actual. ¿Por qué? Consigno el hecho y no puedo encontrar la causa. Era el pase primero de las grandes faenas de Vicente Pastor, lidiador efficacísimo y seguro en el trasteo, y al último a quien se lo vimos dar con alguna frecuencia fué al inolvidable Joselito, y hoy lo emplea de cuando en cuando, y con muy buen donaire, por cierto, José Luis Vázquez.

El pase de pecho fué la consecuencia natural del pase natural, exceptuados los casos en que el toro obligaba a torear en redondo, lo que antiguamente nunca se hizo por gusto y capricho del torero, ni era lo que llaman torear en redondo los técnicos actuales. Al revolverse el toro del pase natural el lidiador sentía la necesidad de darle otro pase en sentido contrario, y de ahí nació el pase de pecho. Entonces se respetaba y temía la división de los terrenos, y el de fuera era el del toro y el de dentro el del torero, que no viéndose obligado no insistía en ensartar pases seguidos con ese toreo de cadeneta que se ha puesto de moda ahora. Entonces no había aparecido aún Juan Belmonte, que vino a demostrar que para el torero que se acerca y manda todos los terrenos son suyos, y así se toma el que le da la gana. Pero no es el caso ahora de hablar ya del pase de pecho cuando tanto queda por decir del natural, y de su desnaturalización, y de lo absurdo que es haber suprimido en absoluto el pase alto con la izquierda para «machetear» tan sólo con la derecha, y como el espacio eseasea y el tiempo es avaro, ya procuraré andar todo lo que falta en otros días. quede por ahora sentado que la base en que se asienta el arte del trasteo, que a veces deja de ser arte para convertirse tan sólo en eficacia, la constituye el pase natural y el de pecho.

A mí bien se me alcanza la aridez y la pesadez de estas explicaciones; pero yo no vengo aquí a «hacer literatura», ni a tejer hipótesis más o menos metafóricas en torno a la figura de determinado torero, ni a referirme al «quietismo estético» de Miguel de Molinos, ni a hablar de «la transfiguración» que es de lo que habló don Ramón María del Valle-Inclán, que vino a la afición al toreo atraído por la herejía sublime de Juan Belmonte, y puede haber herejía sublime cuando no se trate del Dogma católico, y Valle-Inclán era un gran literato, un gran pensador, un poeta, un maestro de estética que no sabía una palabra de tauromaquia.

Para explicar, verbigracia, lo que es una ecuación de primer grado con una incógnita a mí me sale sobrando toda la retórica bonita — que allá con su pan se la coma quien guste de ella —, y me aplico a estudiar de nuevo la poca técnica tauromáca que ya sabía, con la misma sencilla paciencia con que mucho tiempo ha, en el liceo, en la clase de Aritmética, me esforzaba, siguiendo una regla fija, en dar un

CUANDO PEREA ILUSTRABA "LA LIDIA"

Por MARIANO S. DE PALACIOS

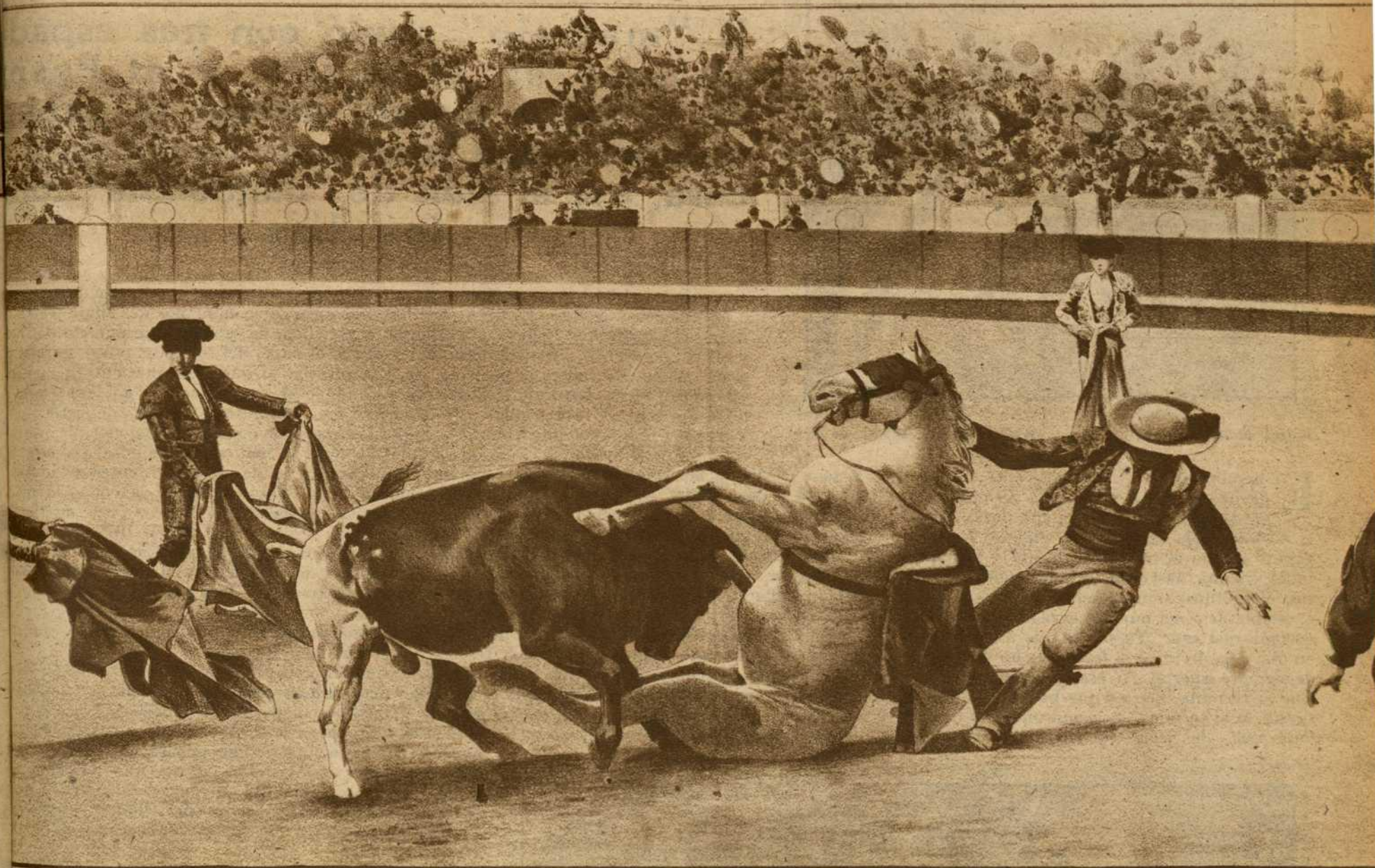
ASI todo el impresionismo taurómico de la última época del XIX está en su mayoría representado en aquel dibujante, más bien caricaturista, español y madrileño, que se llamó Daniel Perea y Rojas.

Contemporáneo de Chaves y de Lizcano, Perea formó, principalmente con el primero—Perea y Chaves nacieron y murieron con poca diferencia de años—, los dos puntales más sólidos en materia de ilustración del gran edificio de la Prensa taurina de la última mitad del pasado siglo.

Porque ayer, como hoy, no faltaron dibujantes de mérito y solvencia artística, que por afición a los toros o por lo que éstos tienen de movilidad y dinamismo, de arte enormemente plástico y colorístico, dedicaron su trabajo preferen-

fiesta de toros. Porque todo lo que, desgraciadamente, no podía coger el oído de Perea, lo captaba la vista a través de aquellos graciosos lentes, muy a tono con la época, que le daban cierto empaque y cierta prestancia, haciendo a la vez más grave el ceño y el gesto del que precisamente veía la vida con la sonrisa del humorismo, en generosa devolución y en noble réplica a la ingratitude con que la vida se portó con él.

El dibujo de Perea no fué el impresionismo que pudiéramos decir de "actualidad", el que recoge un momento real, una faena de la tarde. No fué lo que hemos dado en llamar impresionismo periodístico. El dibujo de Perea era de un impresionismo sin modelo determinado. Era un trabajo realizado fuera de la



«Todos al quite». (Dibujo clásico de Perea, aparecido en «La Lidia» del lunes 19 de septiembre de 1898.)

temente a recoger momentos taurinos, fases de la corrida, escenas con ambiente de la fiesta, que empieza en el patio de caballos, lleno de "sabor" local, continúa con el desfile de los alguacillos y de cuadrillas, prosigue con la expectante salida del bicho a la arena, con los lances de capa, pica y suerte de banderillas, para acabar con la faena de muleta, o hasta con ese último paseo o desfile de la res, sacrificada en aras de un espectáculo nacional lleno de arrojo y valentía, de un espectáculo pleno de luminosidad, y, por tanto, propicio a la derivación pictórica y el impresionismo más puro y con más posibilidades de captación.

Perea fué un ferviente admirador de los toros, un entusiasta del ambiente, en el que siempre pululó una serie de tipos y personajes cuya psicología dióle motivos, a través de su humorismo gráfico, a una exaltación de ese tipismo tan peculiar y tan castizamente tratado por la fecundidad de su lápiz.

Perea fué un entusiasta, un apasionado de los toros, acaso porque su triste condición de sordomudo de nacimiento hacíale preciso a su temperamento y a su dedicación un espectáculo sin palabras, un espectáculo que se expresara por sí solo y sin que fuera precisa la ayuda o colaboración de otra cosa que no fuera el arte mismo. Y, claro está, la lidia, con su juego de movimientos, con su luz, con su expresión y con el cambiante de sus posibilidades espectaculares y artísticas, según la fiereza de la res y el modo de actuar del diestro, dábale el motivo, o por mejor decir, la única válvula de escape para su sensibilidad ahíta de emociones, necesitada a la vez de los motivos impresionistas, que él, burla burlando, al reflejar en el papel, convirtió en una apología y divulgación de la

Plaza y que no recogía ésta o aquella faena, sino, por lo general, escenas o momentos sin existencia determinada. Los dibujos de Perea eran la resultante de su aguda observación. Así, pudo ver agotarse—como le aconteció a Chaves— aquellos famosos álbumes, que eran como la eterna historia de cuanto ha acontecido, acontece y acontecerá en los toros, sin más variante muchas veces que el color del traje de luces o la fisonomía del espada, pero siempre con el mismo telón de fondo.

Sus dibujos son un reflejo, eso sí, de la manera de torear en aquellos no tan lejanos tiempos. Ingenuos muchas veces si se quiere; yo diría graciosos; pero dentro de su ingenuidad, no desprovistos de cierto don de observación y no poca agudeza de sentido, no carentes a la vez de cierta técnica para hacer y resolver el problema difícil de composición, del que Perea siempre salió victorioso.

Más que dibujos propiamente dichos, los trabajos de Perea son estampas, unas viejas y coloreadas estampas que hoy tienen la virtud, cuando nos es dable admirarlas en aquella publicación satírica que se llamaba "Gil Blas", que suscitó la competencia de otra como "El Padre Cobos", en la que esgrimió sus armas juveniles el poeta Selgas, cuya composición "La cuna vacía" ha hecho llorar a tantas generaciones, o en "La Ilustración Española", de hacernos recordar aquella época floreciente del toreo, con sus famosas competencias, que tan bien supo captar, difundir y hacer historia, documento "vivo" del pasado, aquella revista, modelo en su género, que durante muchos años dirigió Daniel Perea y Rojas, y cuyo título, "La Lidia", no olvida hoy ningún buen aficionado de aquellos tiempos.

¡AQUEL TORO CUCHARERO

Se lidió en la Plaza de Málaga el 3 de junio de 1877, y «trajo de cara» nada menos que a LAGARTIJO

El "marrajo" murió con tres espadas clavadas en el cuello, y el Pasmó de Córdoba mandó disecar la cabeza, que pesó cien kilos, para llevársela a su casa, por el afán de "maldecirla" todos los días

una palabra. Adquirir un tendido equivale a comprar un décimo o un cupón de los cuarenta y los cincuenta iguales. Es decir, que hay que entregarse en manos del albur. Unas veces «pita» el espada que lo lleva a uno hasta el sacrificio de sacudirse un puñado de pesetas y otras no carbura. En cualquiera de los casos, el papel del torero es tan desairado como el del médico. Si muere el paciente, es el facultativo el que lo ha matado. Si sana, lo ha salvado su fuerte naturaleza. Si el torero está colosal, es gracias a la nobleza y a la docilidad del toro. Si está regular o francamente mal, el torero es un cara de estuco que va a salir del paso, que quiere cobrar sólo por vestirse y no conoce el pundonor, la vergüenza torera, ni por los forros. Pero que a todos les llega su mal cuarto de hora, eso está en

Espasa. Véase la muestra. Creo que no tendremos que poner a nadie en antecedentes de lo que significaba el Gran Califa, el Pasmó de Córdoba, el Asombro de la Mezquita entre la coletería del XIX. Pues lean lo que ocurrió al «magister»—le sucedería, además, centenares de veces, pues de tales tropezos nadie puede considerarse libre—en la Plaza de Málaga el día 3 de junio de 1877.

Los toros de Anastasio Martín habían dejado buen sabor en aquella tierra. Las reses de tal hierrelidiadas en la segunda corrida del año anterior, con motivo de la inauguración del coso malagueño, habían hecho una pelea lucida en varas y luego dejaron colocarse a los de a pie. Esto fué bastante para sentir deseos de volverlas a ver.

En la fiesta celebrada el 3 de junio de 1877 Rafael Molina estuvo regular en la lidia y muerte del primer toro, llamado Pollero. Pero en el tercero, en el tercero... Bueno...

Se llamaba Cucharero, y junto a sus hermanos, que no eran precisamente cucharachas de esas que tenemos tantas noticias por las multas de la Dirección General de Seguridad, su alzada se elevaba unos doce dedos. Pelo azabache, lustroso; cabeza grande, aunque proporcionada al tamaño del cuerpo y a la longitud de remos; cara y cuello rizados hasta la cruz y la papada. Parecía piel de astracán. Armadura congrua, perfecta, fuerte, ligeramente curvada por las palas y rematada en finísimos pitones que parecían hechos a lima y formón. Armadura que por cerrar un poco de puntas y la forma de las palas, se suele llamar «acapachada». Por su construcción, nadie en Málaga recordaba haber visto toro igual.

Lagartijo estaba, como era habitual en él, sentado en el estribo de la barrera, delante de la localidad número 4 cuando asomó por la puerta del toril Cucharero. Los abandonados a las vallas próximas le oyeron decir al vislumbra a Cucharero:

—¡A este «pájaro» lo va a matar su padre!

La frase dejaba entender a las claras el efecto que había hecho en el ánimo del famoso diestro la estampa «Cucharero». Sus armas tan peligrosas, en cabeza de tan poder, presagiaban el desastre en el trance fatal de un cogida.

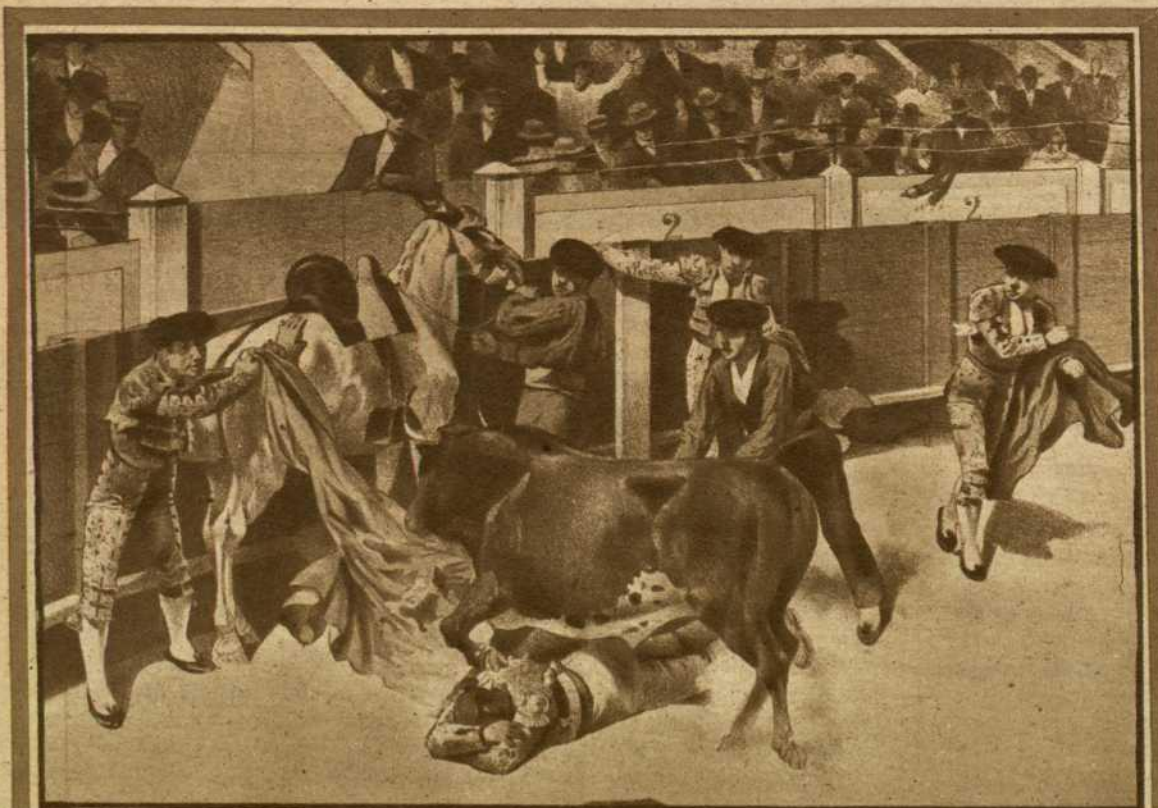
Cucharero, además, no era bravo. Se iba a las tablas cada vez que le rajaban la piel o le tendían un capote. Para que os deis idea de la corpulencia de Cucharero recogeré el detalle de que con un piso hondo, como era a sazón el del ruedo de Málaga, en una de las ocasiones que se acercó a la barrera, que quedaba por aquella ranura muy alta, Cucharero se estuvo rascando la barba en el borde de las tablas sin levantar la cabeza. Intentó saltar al callejón, pero no llegó a realizarlo. No le habría costado mayor esfuerzo que el de rascarse.

Peleó aquel fenómeno en varas con desigualdad y ninguna bravura. Si sale con nervio no queda un picador ni caballo para un remedio. Por esta causa estaba, mientras se deslizaba la lidia llena de precauciones, más encarnado y sin que pudiera ahormarse la cabeza. El toro



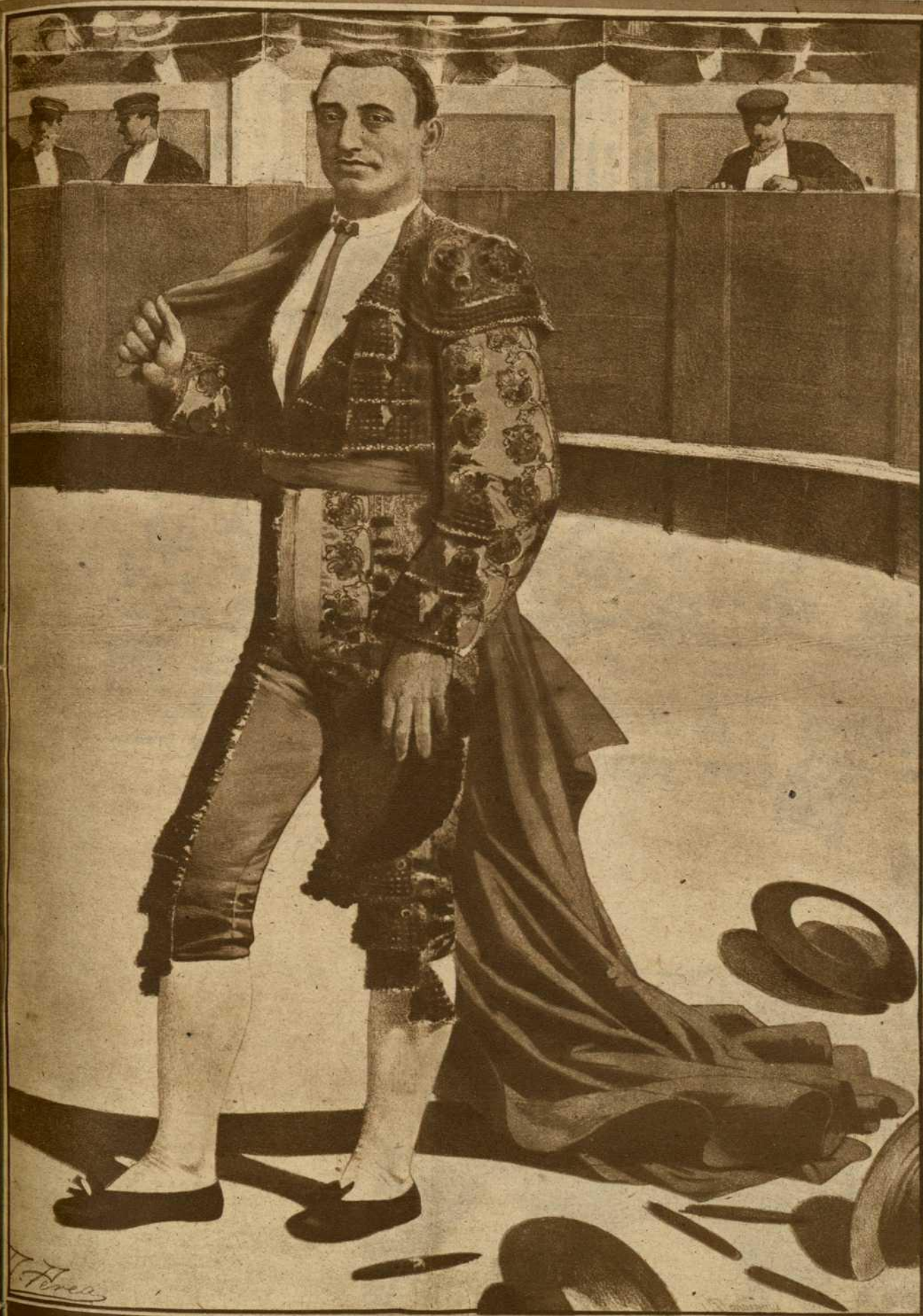
Rafael Molina, Lagartijo, en su primera época. (Dibujo de Perea.)

EL hombre que hace la jarrita ante los despachos de billetes acepta de muy mal grado que al diestro de sus ilusiones se le dé una mala tarde. Pero, amigos, esto ha venido siendo el pan de cada día y lo inevitable en una fiesta en la que, como la lotería, el «gordo» o cualquier otro premio llega al propietario del número agraciado por puro designio del azar. Ya sabéis que a los tercios en que está dividido el festejo se les denomina de siempre «suertes». Y eso, ¿qué quiere decir? Que si termina bien es que ha habido buena suerte, y si termina en el quirófano es que la hubo mala del todo. Que no hubo suerte, en



Un quite de Lagartijo. (Dibujo clásico de Perea.)

CUCHARERO DE ANASTASIO MARTIN!



Un dibujo de Daniel Perea de la mejor época de Lagartijo

a caer sobre aquella catedral de cornamenta tan pavorosa impidió a los picadores hacerse firmes sobre el morrillo. El toro, además, no se dejaba pegar, como ya hemos dicho, y no llevó más que desgarrones de la piel. Tomó diez varas, y no brotó de los rasguños que le hicieron ni una gota de sangre. Con todo su poder y su mal arte pasó a banderillas. Mariano Antón y Juan Molina lo parearon con trabajo y con miedo, esta es la verdad. El

señor Fernando 'el Gallo, que los estaba auxiliando, sufrió un acosón y se libró por pies de una cogida. De cuatro palos que pudieron colgarle, sólo le quedaban dos en los brazuelos cuando tocaron a matar.

Lagartijo, que había estado sentado en el estribo descansando y meditando sobre lo que ya era inminente, salió dispuesto a no arrimarse. Encorvado, distanciado y teniendo a los lados a Mariano Antón y al Gallo,

empezó a enseñarle a Cucharero el pico de la franela. La Plaza parecía un cementerio. Hubiera podido oírse el vuelo de una mosca. Creía la gente que un simple estornudo podía avisar al toro de que su obligación era coger al Califa. Lagartijo, con toda su fama, derrochó el miedo, seguro de no desagradar al público que lo idolatraba. Y abusó de su privilegiada situación. Hizo todas las cosas feas que pueden hacerse en trances parecidos. Se pasó media hora huyendo ante Cucharero con la muleta a guisa de capote. Hasta aquel día no se había visto en las plazas españolas espectáculo igual. A la hora de pinchar, sin haber dado más de una docena de mantazos deplorables, como cualquier principiante miedoso y sin recursos, para mayor resabio del toro y sin recurrir a la media vuelta, obstinado en matar por delante, se entregó al bonito juego de poner pinchazos y medias estocadas pescueceras y tendidas como consecuencia de no meterse, de no ayudarse con la muleta para que las res humillara. Estocada a paso de banderillas; otra lo mismo saliendo perseguido y encunado. Le hizo el quite, con un sombrero que tiró a la cara del toro desde el callejón, su hermano Paco Molina. Ovacionaron a los dos y la música tuvo que amenizar «aquello». Llevaron los peones al toro entre dos caballos muertos. Intentaban que allí lo descabellase Rafael. Imposible. Cucharero no bajaba la cabeza. Un metisaca. Nueva estocada, y ya tenía el toro dos espadas clavadas y casi juntas. El toro seguía más vivo que al salir del toril. Otro viaje con un tercer acero y un «magnífico» golletazo a paso de banderillas. El toro se echó; levantóse al acercarse Paco Molina a apuntillarlo y se acostó de nuevo. Molina acertó al primer cachetazo. La mayoría del público ovacionó al Califa. Una minoría inteligente silbó al «matador».

La cabeza de Cucharero fué mandada cortar por Lagartijo y se la llevó a su casa de Córdoba. Con el cajón en que iba encerrada, pesó ciento diez kilos. Se contaba que siempre que volvía Rafael Molina de alguna juerga, ya de madrugada, se complacía en descargar tres o cuatro garrotazos sobre la cabeza disecada del bicho que, vivo, tanto miedo le había producido. Venganza tardía. Cucharero pesó en limpio 397 libras carniceras, y por su corpulencia cualquiera pensara que era un toro viejo. Nada de eso. Sólo tenía cinco años.

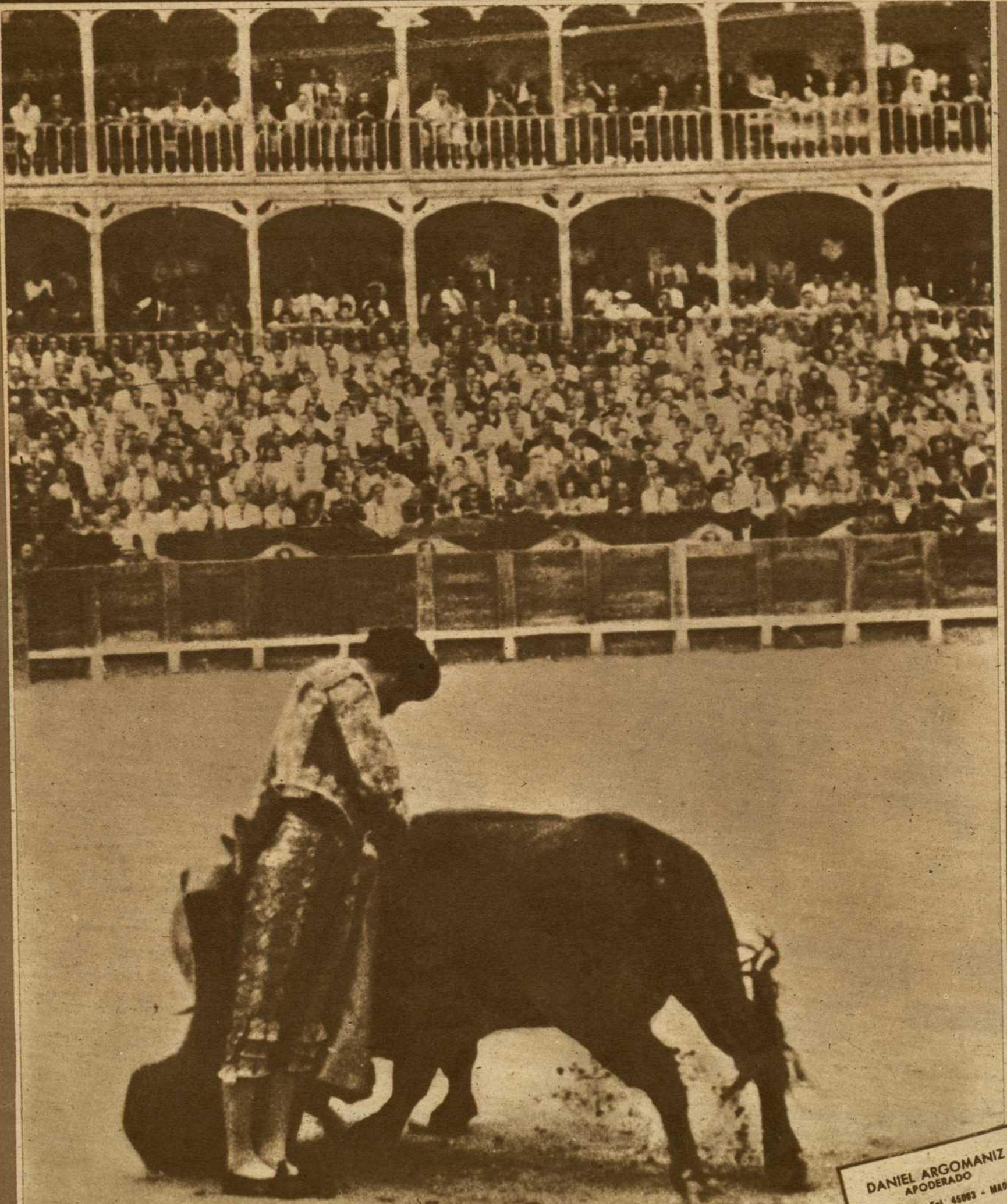
¿Y ahora? ¡Ah! Ahora hay que tener en cuenta quiénes han de lidiarlos, ¿no es esto? A los hastiales de aquella época se les podían echar toros así. A los «niños» de hoy, tan delicados, con el cansancio que producen la permanente y el alisado con fijador a prueba de revolcones, no hay manera. Sería una compasión verlos luchar contra enemigos de la clase de pesos pesados.

Hay que recurrir al peso pluma y les pesa. Y les pasa, a pesar de todo, que en la tarde desgraciada están tan mal como el propio Lagartijo.

Y es que los tiempos cambian y todo es relativo; la risa va por barrios y el éxito clamoroso y el fracaso de mitin serán siempre consustanciales del arte del toreo, donde quien, en definitiva, el que manda es el toro... cuando lo hay.

JOSE DEBRON

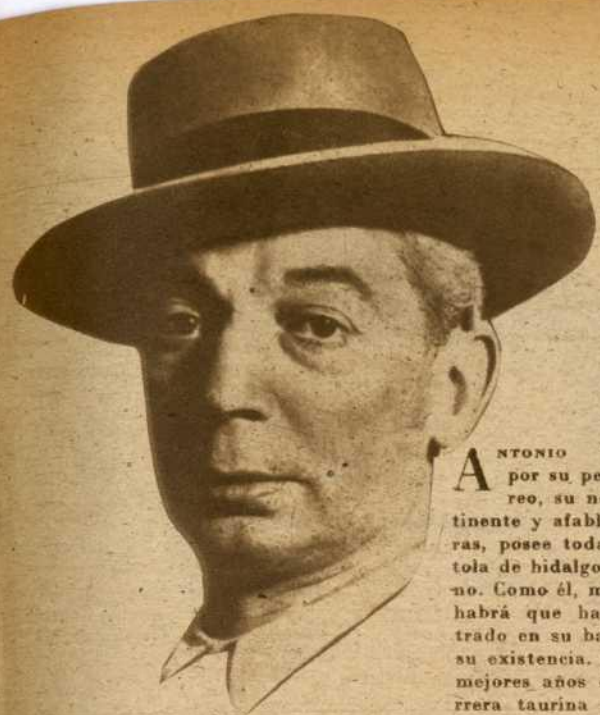
EL ARTE DE FERMIN RIVERA



Aranjuez, 4 de septiembre de 1944. Presentación en España. Orejas y llevado triunfalmente hasta el Hotel.

DANIEL ARGOMANIZ
APODERADO
Esposura, 61 - Tel. 45003 - MADRID

DE FRASCUELITO a don Antonio Sánchez



ANTONIO Sánchez, por su perfil cesáreo, su noble continente y afables maneras, posee toda una vitola de hidalgo castellano. Como él, muy pocos habrá que hayan centrado en su barrio toda su existencia. Ni en los mejores años de su carrera taurina perdió el

contacto con el ambiente familiar.

Lo encontraréis en la casa donde nació, dedicado al pequeño negocio que heredó de sus mayores, entre unas paredes que constituyen el paisaje de su intimidad.

En busca de Antonio fui una de estas caliginosas noches estivales. Mi llegada a la conocida taberna coincidió con la hora de cierre. Poco a poco fueron saliendo los últimos parroquianos. Y mientras el dependiente y su auxiliar se afanaron a bruñir los latones del mostrador, el ex matador de toros nos brindó asiento en un acogedor rincón del establecimiento.

Nos acompañaban un conocido ex banderillero de la época de Antonio Sánchez y el actual modelo pictórico de éste, un viejo de barbas bíblicas, interesante sujeto que nos habló desde Jorge Manrique a Luis Santamarina, pasando por Baudelaire.

A través de una charla incoherente, esmaltada por las interrupciones de los acompañantes, Antonio fué desgranando la copiosa mazorca de los recuerdos.

—Cuando mi padre —tendría yo seis o siete años— me regaló una montera y un capotillo, no pudo predecir las consecuencias que estos juguetes habían de ejercer en mi vida. Entonces, la gente menuda no sabía de otro juego que el de torear a un chico provisto de unas astas sujetas a su correspondiente tabla. Mi aparición con capote y montera hizo sensación entre los chicos del barrio, e indefectiblemente fui designado cabeza de la cuadrilla. Los comentarios de las faenas de Machaco, los Bomba y Vicente Pastor escuchados a los contertulios de la taberna hicieron lo demás.

—Las crónicas hablan de que sus primeras actuaciones taurómacas fueron en la cuadrilla juvenil madrileña que dirigían los dos Antonios: Calvache y Sánchez.

—Antes de todo eso —rectifica el diestro— ya había intervenido en numerosas capeas. El primer dinero ganado con el toro fueron treinta reales; veinte por echar el capote al balcón ocupado por unas buenas mozas y el resto importe de una propina del ganadero. El hecho aconteció en Cantalejo, pueblo de la provincia de Segovia, adonde fui como banderillero de Espesito.

—¿No tuvo usted ningún apodo?

—Al principio los parroquianos de mi padre intentaron bautizarme con el alias de Cara Ancha II, por ser este torero asiduo de esta casa. Yo me resistí, pues nunca me agradó la adjudicación de apodos por el simple hecho de que los hubieran ostentado otros.

El ex subalterno, que hasta ahora sostenía palique aparte con el barbudo personaje, mete su baza para decir:

—Pero una vez no te valió y hubiste de consentir con lo de Antonio Sánchez, Frascuelito.

—Cierto —confirma el interesado—, esa sorpresa la experimenté al llegar por vez primera a Algemés. Al alcalde le pareció poco taurino carreciera de apodo y me adjudicó el de Frascuelito, por el que me conocieron en mis primeras andanzas por tierras de Levante.

—¿Cuál fué su mejor tarde?

—La de mi alternativa, envuelta, por cierto, en un recuerdo sangriento. Tuvo lugar en Linares, el año 1922, recibiendo de manos de Ignacio Sánchez Mejías, acompañados de Marcial Lalanda. El primer toro, que, como los restantes, eran aquella tarde de Murube, me cogió toreando de muleta. Como viera que podía mantenerme en pie, continué toreándolo y hasta conseguí matarlo de una estocada. En la enfermería me apreciaron una cornada en el muslo derecho de 12 centímetros de extensión.

—En aquellos tiempos —tercia el de las barbas— los toreros sentían el pudor de no mirarse la ropa después de recibir una cornada y seguían toreando hasta que despachaban su toro, a no ser que quedaran desvanecidos por la pérdida de sangre.

—Mala tarde —dice el viejo banderillero— la que pasaste el día que se celebró en la plaza de Carabanchel tu mano a mano con el pobre Mariano Montes. A la tercera verónica se le quedó el toro de Sotomayor, lo lanzó al alto, cortándole la femoral y esperándolo le volvió a dar otro hachazo en el costado.

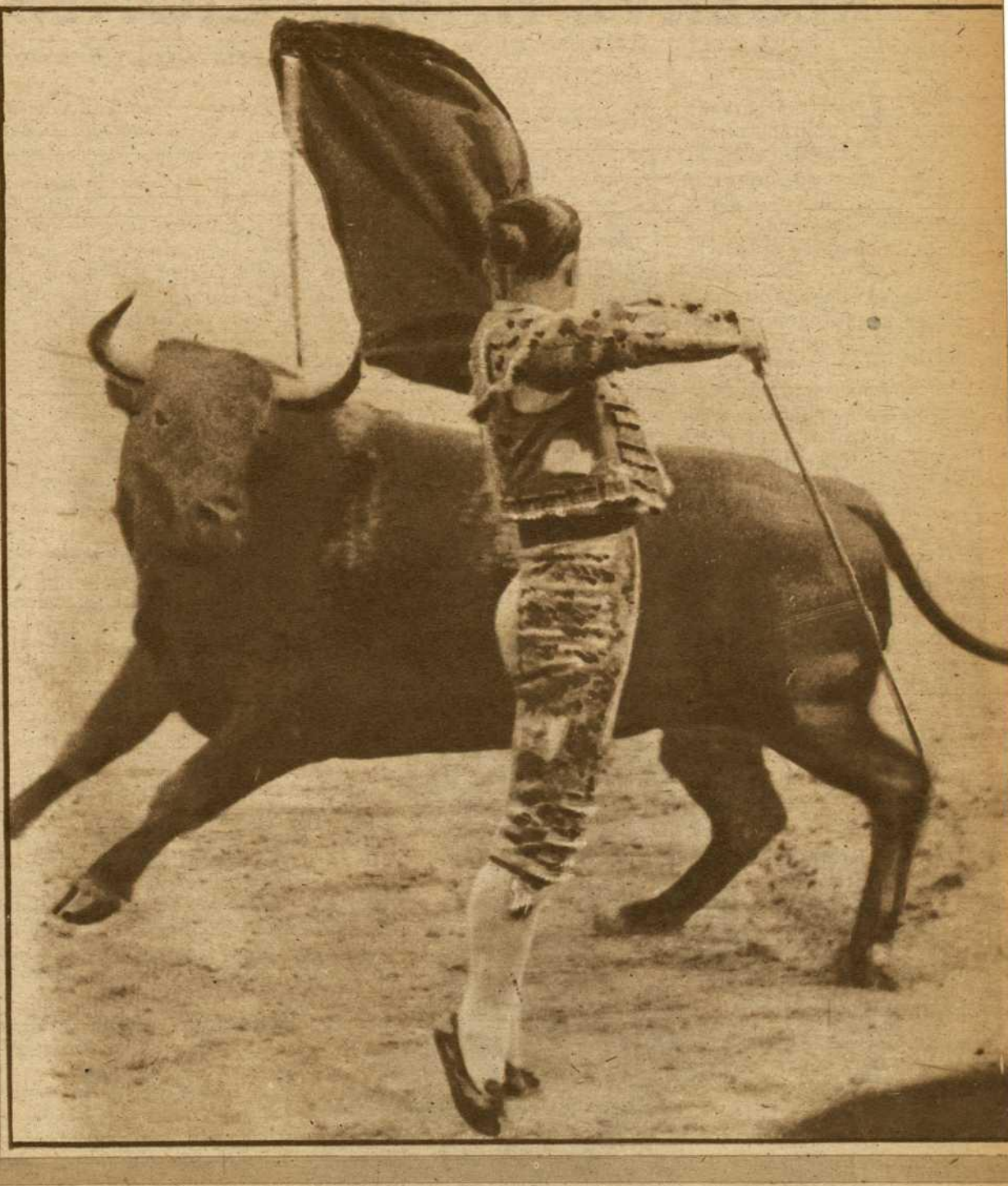
—Cuando le hice el quite —prosigue Antonio— ya estaba muerto mi desdichado compañero, bravo entre los más bravos y espejo siempre de bondad y compañerismo.

—Pero, usted, amigo Sánchez, si bien salvó la vida en las cornadas, en cambio le quitaron el sitio en el toreo.

—Por desgracia, así fué. El año 29, el 22 de septiembre, en la plaza de Tetuán, un toro de la vida de Ortega acabó con mi vida profesional y a punto estubo de poner fin en mi existencia. Durante veintiséis meses estuvieron dándome morfina para amenguar los dolores y poder conciliar el sueño. Todavía, estando en el sanatorio, firmé dos corridas a celebrar en Canarias. Llegaron las fechas de su celebración y hasta ocho años más tarde no estubo en condiciones de reanudar ningún trabajo. Era ya muy tarde para volver a los ruedos y decidí venir a continuar en esta casa el tradicional cometido de mis antecesores.

—Pero torero por encima de todo —arguye el rehiletero—, estás deseando te inviten a asistir a fiestas y festivales para echar unos capotazos a unos becerros, pues te sobra afición para regalar a muchos en activo.

—Y alguna vez intentan engañarme los organizadores de estas corridas pueblerinas.



Recientemente, en cierta villa de la provincia de Avila me solicitaron para que matara una becerrita. Si, si, ¡menuda becerrita! Un señor toro, y muy toro, era lo que me tenían reservado. Al preguntarle al carnicero del pueblo por qué se había traído aquella mole, me contestó, con gesto inofensivo: «¡Porque me pareció el animal más elegante de la vacada.» «Pues, como es una lástima que un toro de tanta elegancia no lo admiren en Madrid o en provincias, por mi parte le perdono la vida.» Y me volví a casa.

—¿Cómo enjuicia usted el momento actual del toreo?

—Hoy se torea muy ajustado y muy bien, pero... falta el toro. Los becerros y los novillos pueden causar tan mortíferos efectos como el toro. Pero la fiesta precisa la concurrencia del toro con la edad justa de los cinco años: ni con más edad, pero tampoco con menos.

—¿Qué cualidad admira más en los toreros antiguos?

—Muchas veces recuerdo que si Bombita, Fuentes, Joselito y Vicente Pastor volvieron a los ruedos, serían ellos y no los alguacillos los que dirigirían la lidia con aquel empaque y aquella autoridad acatada por todos, incluso por los públicos.

—Como final de esta entrevista, ¿recuerda algún ejemplo de su rico anecdótico?

—Le contaré un sucedido inédito y muy reciente. La tarde de mi presentación en la plaza de Tetuán —hará sus buenos veintisiete años— estubo acertado, y concluí la corrida, al tomar asiento en el coché de caballos, un muchacho, enardecido todavía por las incidencias de la lidia que acababa de presenciar, me arrojó a los pies todas las monedas de sus bolsillos, al tiempo que me dedicaba frases de elogio. No volví a verle más, hasta que uno de estos últimos domingos, momentos antes de empezar la corrida, se me acercó a mí contrabarrera del 7 un caballero con los cabellos tan canos como los míos. Ante mi estupefacción se dió a conocer y resultó ser mi joven admirador de mi debut en Tetuán. Nos fundimos en un emocionado abrazo, que era un tácito reconocimiento a la fugacidad del tiempo.

TOROS DE FERIAS

"CON Y SIN MANOLETE, RESERVE HABITACIONES"

Por José Vicente Puente

Es larga la tradición del aficionado que sigue a su torero por pueblos y plazas provincianas, que comparte con él viajes y disgustos y que se fatiga tanto como el protagonista, pero sin riesgo, naturalmente. Antes, en esa época feliz de nuestros abuelos y de nuestros padres, esa de los toros de cinco hierbas, de los dieciséis caballos muertos, del Guerra, de Bombita, desplazarse si era incómodo, era menos frecuente. Con nuestra guerra el viejo concepto de viaje, íntimamente ligado a la tortilla de patatas, el escalope empanado, el termo y la botella de Solares, fué ampliamente separado. Por aquellos días de partes oficiales se metía uno entre pecho y espalda la distancia de Navacarnero a San Sebastián sólo para co-



mer en la «Nicolasa» y dar una vuelta por la Avenida. Y de aquel vértigo traslaticio ha quedado ya una incapacidad de estabilidad al español que hace que la gente viaje mucho más que antes y que las dificultades de billetes sean poco menos que insuperables; Pues bien: pese a eso, a las horas de carretera calentadas por gasógenos, a más incomodidades, todavía hoy hay aficionados que, heredando las antiguas costumbres, siguen a sus diestros en el rodar de plazas y pueblos. Y entre los diestros que llevan con ellos su grupo y corte de amigos y admiradores, Manolete lanza a los cuatro vientos de la geografía nacional a más de un amigo que se va haciendo viejo sobre los raíles de la RENFE. Y no nos referimos a Ramón Herrera, que está cada día más joven.

Sin entrar ahora en la discusión del genial cordobés, torero por el que no puedo ocultar mis más grandes admiraciones, y a propósito de él es el hilván que cose estas líneas de sucedido reciente. Cuando Manolete, tras su faena en la corrida de la Prensa madrileña se marchó a Pamplona, tuvo la mala suerte de sufrir un accidente de automóvil que le impidió actuar delante de los navarros. Los madrileños que iban detrás, en larga caravana, al enterarse de la desagradable noticia, volvieron grupas — permítasenos el simil — a sus coches y regresaron a la capital. Las habitaciones de los hoteles, que—por eso decíamos antes de la afición viajante que ha surgido—hay que avisarlas y apartarlas con tanto tiempo de anticipación, se quedaron vacías y huecas de huéspedes y maletas. Si ya no toreaba Manolete, los aficionados que le seguían prefirieron volverse tranquilamente a su residencia.

Y esto que fué realidad triste ha sido alarma continua en toda la feria del Norte. No había corrida



que torease Manolete que no tuviese el día anterior, por la noche, el rumor consabido de que al diestro cordobés le había cogido un toro, que había sufrido un volquetazo.

Hasta la hora de la corrida muchos partidarios del cordobés estaban intranquilos, temiendo que el falso rumor fuese cierto.

Y así nos ha pasado en San Sebastián, y en Bilbao, y en Santander. Menos mal que los pájaros de mal agüero han fallado.

Con estas noticias los «halls» de los hoteles e an un continuo lamentarse:

—Si es verdad la noticia, me voy.

—Yo hago las maletas y pierdo hasta las entradas.

Y así una mayoría de aficionados. Todos estos rumores eran escuchados con cara de espanto por los hoteleros, pendientes de que llegase o no don Manuel. Y como lo que sucede siempre se cuenta, resulta que al escribir, no hace mucho, a un hotel de provincia para que me reservasen unas habitaciones para las ferias, el dueño, cuyo nombre oculto porque no me lo autorizó a publicar, conocedor de los sustos de sus colegas del Norte y temeroso de que yo fuese de los que se quedaban en el camino si Manolete no toreaba, en una carta contestación, en que tras mucho ponderar nuestra amistad y las dificultades de albergue, la aglomeración de público y tantas cosas terminaba con una súplica muy graciosa:

«Ahora bien, querido amigo; le reservo la habitación para usted y para su hermano, a condición de que vengan, toree o no toree Manolete».

Y yo le envié, junto a un abrazo, un telegrama que decía: «Reserve habitaciones con y sin Manolete».

Porque ahora, en las ferias, ya las habitaciones hay que apartarlas así.

Y si no, duerme uno dentro del coche, que va resultando incómodo cuando los hue os empiezan a ponerse duros.





VIDA Y ANECDOTA DE SERRANO que ha sido durante treinta años mozo de estoques de Rafael, el Gallo

"La tarde que decía el maestro "preparate, que hoy nos van a matar", ¡pa qué le voy a contar!..."

FUE noviero dos años y en Constantina de la Sierra un marrajo de Campo Varela le pagó una cornada en el muslo izquierdo. Juan Requena, Serrano,

cobró por aquella corrida veinte duros y tardó en curar la herida tres meses.

En aquella época los toreros de fama se llamaban Algabino, Emilio Torres, el Bomba; Fuentes, el padre de Manolete y Antonio Montes. Serrano, el día de la cornada alternaba con Conejito. Y después de la cogida, adiós al ruedo. Serrano salta la barrera y se queda en el callejón de mozo de estoques.

GALLITO, CHICUELO, EL GALLO

Serrano es hoy, y será mientras viva, el popular mozo de estoques de Rafael, el Gallo. Pero también ha sido mozo de estoques de otros toreros.

—¿Con quién comenzó usted?

—Con Joselito. Fue el primer mozo de espadas que se vistió de torero, allá en Jerez de la Frontera. Tres años. Después me fui con El Gallo, allá por el año doce. Pasé a ser mozo de estoques de Chicuelo el año diecinueve, en que este torero tomó la alternativa, y con él estuve tres años. El 23 y el 24 los pasé de mozo de Fortuna, y después ya definitivamente volví con Rafael.

—¿En total, lleva usted de mozo de estoques?...

—Pues llevo treinta y siete años.

BUENA SUERTE

—¿Cuántas cogidas ha visto usted?

—De mis toreros, ninguna. Yo he dado siempre buena suerte. Estando yo en la Plaza, es decir, en el callejón, ningún toro cogió a ningún matador. Cuando la cogida que sufrió El Gallo en Algeciras, aun no era yo su mozo de espadas.

—¿Y miedo? ¿Cuándo les vió usted pasar más miedo?

—Chicuelo era muy tranquilo; si sentía miedo, no lo demostraba. Dormía a pierna suelta hasta momentos antes de la corrida. Y en el ruedo, yo jamás le vi mudar de color. De Joselito, ni hablar. Era tanta su afición, que se vestía cuatro horas antes de empezar la corrida. Y en cuanto a El Gallo, para qué le voy a contar. Antes de la corrida yo le preguntaba: "¿Cómo estamos de valor, maestro?" Y muchas veces me contestaba: "Serrano, preparate, que hoy nos van a matar". Ese día, pues ya sabe usted; ¡para qué le voy a contar!

LA TARDE MEJOR Y LA PEOR DE LOS TRES

—¿Recuerda usted las mejores tardes de sus toreros?

—Y también las peores. La mejor corrida de Chicuelo, que yo recuerdo, la tuvo en Valencia. Con un toro de Concha y Sierra y alternando con Granero. Fue el año 21. Le dió al torito veintiséis pases naturales y lo mató de un magnífico volapié. La peor tarde se la vi en Sevilla, delante de un toro de Miura. Dos avisos le dieron... D. Joselito puedo contarle, como si hubiese ocurrido ayer, aquella corrida del año 14 en Madrid.



Serrano vistiendo a Rafael, el Gallo, para ir a la Plaza. Sevilla, 1 de abril de 1934

Mató siete toros y pidió sacasen el sombrero por su cuenta, pero la Empresa no se lo cobró.

El toro mejor que le he visto torear a El Gallo fué uno de Clairac, en la Plaza de Barcelona, alternando con Chato de Valencia y Félix Rodríguez. Se lo voy a contar, porque la cosa lo vale. En el primer toro Rafael estuvo muy mal; tanto, que le dieron dos avisos. En el segundo comenzó igual, ni le hizo el quite ni nada. Mandó a los peones le acercasen el toro al burladero, y desde allí Rafael le tiró una puñalada que no alcanzó al toro. Se armó una bronca de miedo, y de repente cesa la bronca y comienza una enorme ovación.

El Gallo pregunta a Serrano:

—Oye, tú, esto, ¿para quién es?

—Para nosotros no debe de ser. Digo que ni a usted ni a mí. Pero fíjese quién acaba de llegar al palco.

En efecto; la ovación era para el general Primo de Rivera, que acababa de llegar al palco presidencial.

Rafael, al ver al general, salió del burladero y dijo: "¡Fuera gente!" Se llevó el toro a los medios y fue directo ante el palco que ocupaba Primo de Rivera, para brindarle el toro.

UN BRINDIS DE VEINTE MINUTOS

Serrano me dice:

—Yo, tenía las carnes abiertas. Rafael estuvo más de veinte minutos diciendo el brindis. ¿Qué le diría! Todos estaban asombrados y se preguntaban: ¿Qué va a hacer este hombre después de este brindis tan largo?

El Gallo se fué a los medios, y allí le dió al toro tres pases de la muerte, seis naturales con la izquierda, ligados con uno de pecho; tres más, afarolados; ocho, pasándose la muleta por la espalda, y unos veinte jugueteando al toro por la cara, adornándose, tocando los pitones... ¡para qué le voy a contar! Y después de la faena volvió al palco del general y le dijo: "Don Miguel, a ver qué tiempo hace que usted no ve matar así".

Y se fué al toro y le metió el pie, recibiendo, y le anterró la espada en el hoyo de las agujas. Rodó el toro hecho una pelota. Le llevaron en hombros hasta las once de la noche, en que le dejaron en sus habitaciones del hotel.

—¿Y la peor tarde que usted le ha visto?

—La peor, la peor... son tantas, que para qué las voy a mentar. Le contaré lo que nos pasó en Nimes. Ganado de Miura, alternando con Chicuelo y Larita. El día lozo entre el maestro y el mozo de estoques fué así.

El Gallo: Mira, niño; a este toro no le pego ni un solo "capotaso".

Serrano: Pues yo creo, maestro, que el toro está bueno.

El Gallo: Pues si tú lo crees, salta tú.

Por fin, salió El Gallo, y al primer muletazo el toro salió detrás del torero y el torero se tiró de cabeza al callejón y se lastimó un poco la muñeca. Se fué a la enfermería. Allí no había nadie; es decir, sí. Había una puerta que daba a la calle y, al ver la puerta, dijo El Gallo: "Serrano, vámonos al hotel, que yo estoy muy malo." Y Serrano le contestó: "Mire usted, maestro, que vendrá la Policía a por nosotros." "Vámonos al hotel, que yo estoy muy malo", insistió el maestro, y se fueron al hotel.

Y nadie les molestó ni pasó nada.

ANECDOTA Y FINAL

Viajaba Serrano con El Gallo de Granada a Madrid. Un señorito, que acompañaba muchas veces a Rafael y que siempre pedía muchas cosas y molestaba mucho a Serrano, sin jamás darle ni una sola propina, al llegar el tren a Baza, y durante la parada, Serrano se paseaba por el andén. El señorito se asomó a la ventanilla y comenzó a llamarle, y Serrano a hacerse el sordo, hasta que no pudo menos que atenderle.

—¿Qué quiere?

—Dame un vaso de agua.

—Como no se beba usted la del bautismo, lo que es yo...

Cuando el señorito se quejó a El Gallo, éste llamó a Serrano y le preguntó por qué había dado esa contestación, y Serrano entonces le informó de lo tacaño que con él era su amigo. El Gallo comentó: "Bueno. En otro viaje cuélgale un botijo al pescueso."

Juan Requena, Serrano, ha vestido siempre la blanca chaquetilla que viste hoy. Esta ha sido la única prenda que ha usado durante toda su vida este popular mozo de estoques.

Es de la época de los mozos de estoques "reconocidos", como él dice, de la época del Madridño, que va con Fermín Rivera, el mejicano; de Paco Botas, que va con Cagancho; de Gaboza, el de Belmonte, y Flores, el de Pepe Luis, y de Andújar, que lo lleva Bienvenida, y de Carreras, que va con Chicuelo, y de Valdivielso, el de Pepín Martín Vázquez...

—Ahora—me dice Serrano—hay muchos mozos de estoques que no conozco. Antes, cuando yo era mozo de estoques, todos nos conocíamos... ¿Me entiende?

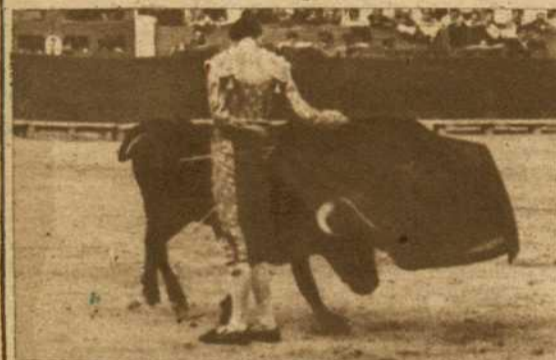
JOSE ANTONIO BAYONA

EL DOMINGO, EN VALENCIA

Seis novillos de Cobaleda para PARRITA, LUIS REDONDO y LUCIANO COBALEDA



Parrita, Luis Redondo y Luciano Cobaleda antes del paseillo



Parrita muleteando por manoletinas al primero. (Fotos Vidal.)



Redondo en un ayudado por alto a su primer novillo



El debutante Luciano Cobaleda en la faena de su primero



Cogida de Redondo en su primero, del que cortó la oreja

COSAS DEL TOREO

De no haber sido por Machaquito, Manolete se apodararía "Sagañón"



CIERTO que el gran torero cordobés lleva el mismo alias que su padre, del que lo heredó; pero no es menos cierto que, de no haber intervenido Machaquito, el diestro cordobés que ahora enloquece a los públicos no se apodararía Manolete, sino Sagañón, lo que hubiera sido horrible para traerlo y llevarlo con ditirambo en letras de molde.

¿Recuerdan ustedes cuánto trabajo costó a Cagancho imponer su mote, y la serie de inventivas con que se le quiso explicar? Que si al padre le llamaban así porque cantando se parecía a un pájaro conocido por tal nombre...; que si era porque, cuando forjaba ganchos para pozos, hacía apócope del adverbio de cantidad al indicar a los compradores el precio... que si era porque...

Pero nada de esto hace al caso; lo que queremos poner de relieve, al hacer referencia al apodo del famoso gitano—que algunos cronistas, por sensibilidad pituitaria, trataron de transformar prosaicamente para que fuese menos maisonante—, es cuánto habría tenido que luchar Manuel Rodríguez para hacer respetar el Sagañón y que no se lo lanzaran a la cara en una de esas tardes en que el público se le pone de uñas porque no da más que media docena de estatuarios y veinte naturales sin moverse.

Mas contemos las circunstancias históricas por las que—en virtud de la ley de herencia tauromáquica—pudo librarse Manolete de cargar con alias tan feo. Fué en 1898, cuando Rafael Gómez (que entonces se apodaba Gallito y que a la sazón no contaba más que quince años) puso un telegrama a Machaco invitándole a salir al tren en Córdoba para formar con él pareja, por haberse disuelto la que con Revertito había constituido hasta entonces.

Rafael González, que nunca pecó de hablador, estuvo aquel día de lo más elocuente: «Buenas tardes. ¿Está usted bueno? ¿La familia buena? Usted es El Gallo, ¿verdad? Pues yo soy Machaquito». Se estrecharon, como dos hombres formales, las manos, y Gallito hizo a su futuro compañero los honores del vagón de tercera en que viajaban.

—Y yo, ¿no podría ir con ustedes?—dijo a El Gallo un chiquillo de unos trece años, vestido con guayabera de dril, pantalón ajustado y gorrilla—. Le arvierto a usted que yo banderilleo mu bien y soy mu valiente. ¿Verdá, Rafael?—añadió, solicitando, con una ansiosa mirada, la aprobación de su amigo.

—¿Y tú quién eres?—le preguntó El Gallo.

—Manué Rodríguez, er Sagañón.

—¿Y qué es eso?

—No lo sé; así me yaman.

Pero Rafael no se prestaba a complacerle porque ya tenía completos los equipos. Tanto suplicó y lloró el chaval que, al fin, se compadeció de él y consintió en que les acompañase. Ya el tren en marcha, El Gallo volvió a preguntar al muchacho:

—¿Cómo dices que te yaman?

—Sagañón.

—No me gusta pa el cartel Y tu apeyio es poco pa torero. Habría que ponerte otro mote...

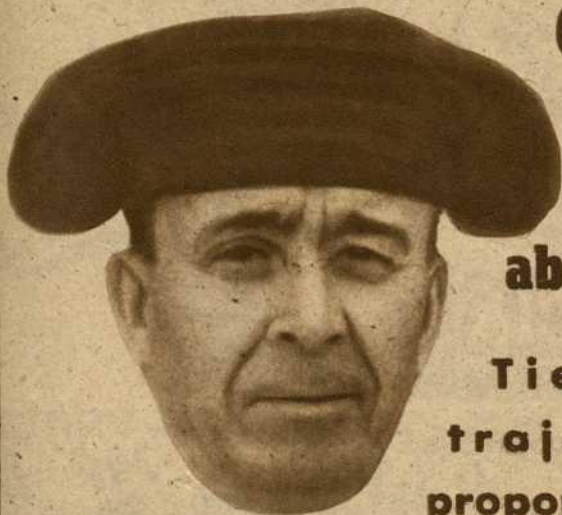
—Podríamos ponerle—intervino Machaquito—Manolete, como yaman a su padre...

—Sí, señó: ¡Manolete! Eso suena mejó.

Y así quedó convenido. Y al debutar en Valladolid, a los tres días de ocurrir esto, ya Manuel Rodríguez—padre del actual astro de la tauromaquia—, en vez de figurar con su apodo de Sagañón, lo hizo con el que ahora se pronuncia con admiración reverente en todas las tertulias y corrillos taurinos.



LOS VIEJOS DEL RUEDO



GERMAN HIDALGO,
torilero de la Plaza,
lleva veintidós años
abriendo los chiqueros

Tiene que vestir el
traje de luces y esto le
proporciona una gran ilusión

En realidad, es difícil saber qué delito ha cometido Germán Hidalgo para que se vea condegado de por vida a esa especie de suplicio de Tántalo que es verse casi continuamente con el traje de luces puesto... y que no le sirva más que para abrir los toriles. Hidalgo lleva sobre sí el estigma de este fracaso con una resignación admirable, pero que no es suficiente a borrar de su rostro ese no sé qué triste y acerbo de las cosas irremediables.

Su situación viene a ser algo así como la de un individuo que entre el fausto y la opulencia de auténticos emperadores vistiera él mismo la púrpura imperial para abrirles la puerta a los magnates. No es que Hidalgo diga nada, porque es un hombre sencillísimo y capaz de soportar estoicamente todas las ironías del Destino; pero ese traje de luces, cuando tiene que officiar ritualmente abriendo las puertas de los toriles, se ve que le pesa mucho...

— Yo — confiesa él mismo — no es que haya tenido nunca muchos deseos de ser torero; pero precisamente por esto es por lo que resulta más extraordinaria mi situación. ¿Qué hago yo con ese traje de luces puesto. Dios mío? La verdad es que nunca he acabado de comprenderlo...

— Pero, ¿es que no le estimula a usted verse con él?

— Lo que se dice estimularme, no crea usted que me estimula mucho; pero es el caso que, para qué voy a negarlo, a veces no deja de proporcionarme una gran ilusión.

— ¿Acaso la de haber sido torero en su día?

— Exactamente. Ese traje de los días de corrida tiene para mí el secreto de rejuvenecerme, de ilusionarme, de hacerme revivir muchas bellas quimeras que, naturalmente, no llegaron a realizarse nunca. Me veo con él puesto, y pienso: «Claro es que no has sido torero, Germán; pero, ¿qué hubiera pasado si hubieses llegado a serlo? ¡Ah! Tu situación sería muy otra, ciertamente.»

— ¿Tiene usted algo más que esa actividad torilera?

— ¡Pa chasco que no tuviera más medio de vida que éste! Yo soy carpintero, y como tal trabajo aquí en la Plaza, hace ya muchos años, a las órdenes del carpintero mayor, señor González. Un día ya ha llovido un poco desde entonces — se quedó vacante la plaza de torilero, la solicité, me la concedieron y eso es todo.

— ¿Recuerda usted quién era su antecesor?

— Uno que llevaba el traje de luces justificadamente, aunque sólo fuera para abrir los toriles, porque ése, al menos, había sido torero: era el banderillero Jerónimo Orejón, Jeromo. ¡Qué más natural que estuviera en su puesto con el uniforme que le correspondía!

— ¿Cómo se obtiene el cargo?

— A Jeromo se lo proporcionó por amistad y por compañerismo Vicente Pastor, y yo lo heredé de Jerónimo a la muerte de éste, porque también era muy amigo suyo.

— ¿Cómo no se le ocurrió desafiar a la Suerte y tratar de torear alguna vez?

— Nunca se me ocurrió tamaño disparate, porque yo siempre he tenido la medida exacta de mi propia capacidad, y lo que es para torero le aseguro que no he nacido. De muchacho anduve por ahí en alguna que otra capea; pero no pasó de eso, de inocentes diabluras de muchacho. Los toros, la verdad, me han causado siempre muchísimo respeto. No he querido nunca nada con ellos.

— ¿Ha sufrido usted algún incidente durante el desempeño de su cargo?

— De cornadas, propiamente dichas, no; pero sí los he tenido de algunos golpes y achuchones morrocotudos. Esta muñeca — dice Hidalgo mostrándome su brazo izquierdo — la tengo dislocada y remendada a consecuencia del achuchón de un novillo. Fué el 23 de marzo de 1941. Al soltar un novillo de Pablo Romero me arrojó el bicho, que tenía un poder inmenso, contra la puerta del toril, y estuve a punto de pasarlo muy mal; pero no pudo evitarse que conservara el recuerdo para siempre en esta muñeca. Ya ve usted, con un traje de luces, herido de los toros y sin ser torero. ¿No le parece a usted que tiene gracia y que al mismo tiempo maldita la gracia que tiene?

— Y menos mal, después de todo, que puede usted contarle...

— ¡Cierto que sí, porque en otra ocasión, en la Plaza vieja, también tuve un percance grave, en circunstancias análogas: sólo que esta vez fué en la pierna derecha y tuvo bastante más importancia. Ya ve usted cómo sería, que me costó estar ocho semanas curándome en el hospital. Fué la equivalencia de un cornalón de los denominados de primera categoría. ¡Ay, los toros, los toros! ¡Y yo sin haber podido cargarme a ninguno!

— El ver cómo se los han cargado los demás puede servirle de consuelo, ¿no es cierto?

— Desde luego. Y el que no se consuela es porque no quiere. Yo he visto matar muchos toros bien y mal. He visto muchas cosas; pero nada como la tarde de Vicente Pastor con aquel toro de Concha y Sierra, al que, fogueado y todo, le cortó la oreja! Cuando hay torero, desengáñese usted, es difícil que no haya siempre toro. Aunque sea como aquél, que era de lo peorito que yo he visto en mi vida.

— ¿No le da a usted «jindama» de ver los toros tan cerca?

— ¿Qué va a darme, si estoy ya tan acostumbrado como a ponerme la taleguilla? En cambio he sacado una ventaja; la experiencia que tengo de los bichos. Aunque en este terreno las profecías suelen ser temerarias y susceptibles siempre de scoladuras, yo me equivoco pocas veces en mis vaticinios. «Este toro va a dar juego — anunció —, o éste pasará sin pena ni gloria». Y acierto. Esta es la verdad.

— ¿Admira usted a algún torero en particular?

— Por el hecho de ser toreros, ya los admiro a todos. Me gustaría ver en la arena a muchos de los que vociferan desde el tendido y se creen que ponen cátedra. ¡Que bajen y se pongan delante del toro, a ver cómo lo hacen! Algunos de esos no serían capaces ni de permanecer en el callejón, como tenemos que estar los de los servicios especiales de la plaza. ¿No le parece a usted?

Germán Hidalgo elogia, sin embargo, con gran calor a los Bienvenida, a Manolete, a Pepe Luis Vázquez, de los que dice que son, dentro de las normas del toreo nuevo, unos artistas estupendos...

JUAN DE ALCARAZ

EL DOMINGO, EN SEVILLA

Seis novillos de
doña María Cossío
para Gallito Chico,
Andaluz II y Rangel,
que cortó una oreja



Gallito Chico, Andaluz II y Rangel momentos antes de salir al ruedo



Un buen ayudado por alto de Gallito Chico a su primer toro



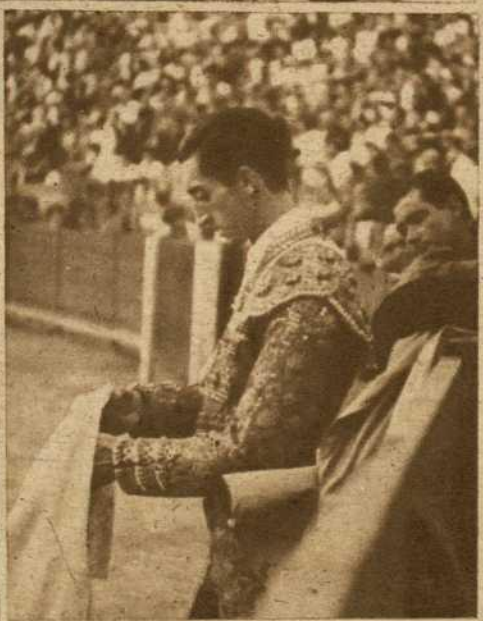
Andaluz II en un buen muletazo con la derecha al segundo de la tarde, al que hizo una gran faena



Rangel, el torero mejicano que debutó el domingo en Sevilla, durante la faena de su segundo toro, del que cortó la oreja



LAS CORRIDAS DE MURCIA



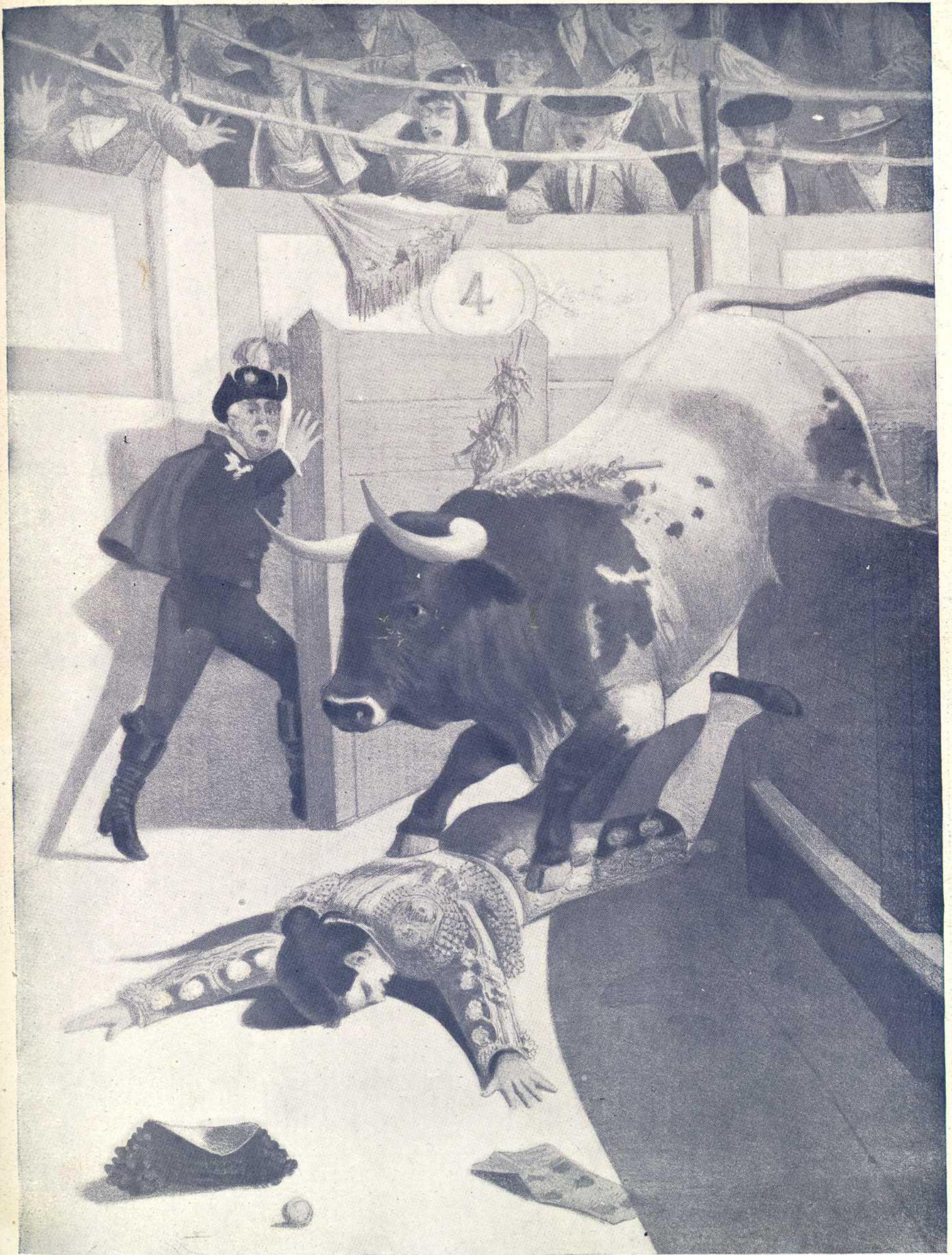
Momentos gráficos de la primera de feria en Murcia, en la que se lidiaron toros de Murube para Belmonte, Manolete y El Andaluz. Arriba: Los tres matadores.—A la izquierda: El Andaluz.—A la derecha: Manolete



Belmonte, después de matar a su primer toro, descansa en la barrera.—A la izquierda: Manolete en un lance de capa a su primer toro.—A la derecha: El Andaluz brindando la muerte de su primer toro, del que cortó la oreja

El cartel de la segunda de feria estaba formado con toros de Conradi para Morenito de Valencia, Mario Cabré y Niño del Barrio. En esta corrida Mario Cabré obtuvo un resonante triunfo, cortándole la oreja a su primero.—Tres momentos del éxito del catalán, Morenito de Valencia en una chicuelina, y Niño del Barrio brindando. (Fotos López.)





Al callejón
(Dibujo de Perea.)

El Ruedo



ANTONIO CASERO

152
PT